



Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales

Una aproximación al Trabajo Social Antiopresivo

Carrera: Licenciatura en Trabajo Social

Alumna: Julieta Inés Fava

Directora: María Eugenia Garma

Lugar y Fecha: Rosario, _____ 2020

"Si eres neutral en situaciones de injusticia, has elegido el lado del opresor"

Desmond Tutu

A todos aquellos que me acompañaron en este largo proceso.

Gracias, gracias, gracias.

Índice

Introducción.....	6
Capítulo 1	9
Un acercamiento a las teorías contemporáneas del trabajo social.....	9
Una mirada anglosajona de las teorías contemporáneas	9
Las matrices teóricas y la intervención profesional en Argentina y América latina	12
Capítulo 2	24
Temas centrales del enfoque antiopresivo.....	24
Las relaciones sociales opresivas y su multiplicidad.....	24
La dimensión política del trabajo social	25
La finalidad del Trabajo social y sus estrategias	27
Capítulo 3	33
Categorías y conceptos del enfoque antiopresivo	33
Conclusiones.....	40
Referencias bibliográficas	43
Anexo	45
Traducción del capítulo 1 del libro “Doing Anti-Oppressive Practice: Social Practice Social Work” de Donna Baines	46



Introducción

Esta tesina tiene como tema central el *trabajo social antiopresivo*, por lo que a lo largo de este trabajo intentaremos reconstruir y aproximarnos a dicho enfoque mediante las contribuciones que han hecho una serie de autores sobre dicha temática.

La fuente principal de esta reconstrucción será la traducción del capítulo introductorio de la segunda edición del libro “Doing Anti-Oppressive Practice: social justice social work” de Donna Baines, publicado en Canadá por la editorial Fernwood Publishing, en el año 2011. Esta transcripción inédita al idioma español tiene por finalidad ser material de consulta para la comunidad académica y profesional, por lo que será adjuntada en el anexo.

Como bien resalta Baines (2011) en el primer capítulo de su libro, la práctica antiopresiva más que un solo enfoque, es un término genérico para un número de enfoques dirigidos al trabajo social basados en la justicia social tales como el feminismo, el marxismo, el posmodernismo, el indigenismo, el posestructuralismo, el constructo crítico, el anticolonialismo, y el antirracismo. Estos enfoques se benefician de amplios movimientos a favor del cambio social, por lo que la práctica social antiopresiva está constantemente redefiniendo su teoría y su práctica para responder a nuevas tensiones y a nuevos problemas sociales, como así también a factores estructurales subyacentes.

Lena Dominelli (2008) manifiesta que “El trabajo social promueve el cambio social, la solución de problemas en las relaciones humanas y el empoderamiento y la liberación de las personas para el alcance del bienestar. Empleando teorías sobre el comportamiento humano y los sistemas sociales, el trabajo social interviene en los puntos de interacción de las personas con su medio ambiente y está presente de manera importante en casos en los que son patentes las divisiones sociales, por ejemplo, la religión, el género, la etnicidad y la «raza», la orientación sexual, etc. Por ello, los principios de los derechos humanos y la justicia social son fundamentales para el trabajo social.” A diferencia de la práctica tradicional que extrae a los individuos de su contexto social, Dominelli (2002) explica que el modelo antiopresivo del Trabajo Social, incorpora al individuo dentro de su contexto y reconoce los procesos de interacción que intervienen en la formación de relaciones sociales, teniendo en cuenta las complejidades de las personas, con el fin de tener una mirada más



amplia de sus contextos desde una perspectiva holística, ya que de lo contrario estarían reproduciendo prácticas discriminatorias y opresivas. Esta autora propone una línea de Trabajo Social antiopresivo, donde su núcleo es el pensamiento crítico antirracista y antidiscriminatorio, en el que se promueve la participación y el empoderamiento en los procesos de intervención, además de la erradicación de la opresión en las relaciones entre los trabajadores y trabajadoras sociales con las personas beneficiarias de los procesos de intervención social.

La estructura de este trabajo se divide en tres capítulos que tienen como objetivo aportar nuevos conocimientos y elementos sobre el tema que nos convoca.

El primer capítulo se titula “Un acercamiento a las teorías contemporáneas del trabajo social” en el cual expondremos algunas teorías reconocidas en la actualidad que son el sustento de las intervenciones profesionales. Con el desarrollo de las ciencias sociales se diversificaron las corrientes/enfoques teóricos-metodológicos para el estudio de las problemáticas sociales sobre las que interviene el Trabajo social. También hablaremos en esta primera parte sobre las diversas matrices teóricas que han ido recorriendo al trabajo social como disciplina y que han dado lugar al desarrollo de instrumentos enmarcados en concepciones metodológicas que fueron concibiendo a los sujetos desde diversas perspectivas. Estas matrices teóricas, si bien se desarrollaron en heterogéneos contextos históricos políticos, han generado tensiones y debates a partir de permanecer con rasgos distintivos en las intervenciones que se desarrollan en el colectivo profesional. Por ello, diferenciaremos las teorías entre la mirada global y la mirada latinoamericana, con especial recuperación de las teorías presentes en Argentina. En definitiva, en este apartado se abordarán las características centrales de las matrices positivista, funcionalista-estructuralista, dialéctica y tecnocrática-neoliberal en las que se han fundado los distintos modelos de intervención que han caracterizado el desarrollo de la disciplina y su presente. Por último, se desarrollará el contexto en el que surge el trabajo social antiopresivo.

En el segundo capítulo, se expondrán los temas centrales del enfoque antiopresivo según Donna Baines y los ampliaremos con principios antiopresivos propuestos por Clifford (1995), los cuales permiten una transformación fundamental en la relación que existe entre la evaluación integral de una situación y la naturaleza de la acción que es requerida para



cambiar la situación existente, la cual se encontrará atravesada por complejos problemas de poder, opresión y subyugación que determinan las vidas de las personas que reciben los servicios de atención social.

El tercer y último capítulo hará referencia a las categorías y conceptos que sostienen este enfoque antiopresivo. Finalmente, se enuncian algunas reflexiones y conclusiones sobre la temática que nos convoca.

Para concluir realizamos una recuperación del enfoque Antiopresivo en Trabajo social esperando que este aporte promueva el enriquecimiento de los estudiantes y trabajadores sociales y proporcione elementos de vital importancia en el devenir del ejercicio profesional.



Capítulo 1

Un acercamiento a las teorías contemporáneas del trabajo social

Tener un acercamiento al enfoque de las prácticas antiopresivas en trabajo social, nos permitió observar que en la actualidad existen un variado conjunto de teorías contemporáneas que sustentan teórica y metodológicamente las intervenciones profesionales. Asimismo, ese conjunto de teorías contemporáneas varía de acuerdo a la historia de la profesión de cada continente y regiones del mundo.

Es en la historia reciente que surgieron producciones académicas que recuperan una mirada global sobre las teorías contemporáneas que dan sustento a las diferentes propuestas de intervención profesional. Autores como Payne (2005), Healy (2001), Matus (2013) realizan este trabajo sustantivo para identificar el crecimiento de la disciplina y reconocer el fortalecimiento de la misma.

Del mismo modo, las investigaciones sobre la historia de disciplina en cada país/nación también ya habían desarrollado contribuciones significativas sobre los procesos de institucionalización y desarrollo mostrando las influencias de diferentes corrientes y enfoques teóricos que le dieron particularidades a cada Trabajo social.

En la actualidad, el Trabajo Social Antiopresivo se viene escuchando en nuestro país y va encontrando un lugar dentro de las perspectivas críticas, las cuales son relevantes en la formación y ejercicio profesional ya que han surgido ante el proceso de globalización una serie de intercambios entre las producciones latinoamericanas y anglosajonas que posibilitaron la llegada y la mistura de este enfoque.

Una mirada anglosajona de las teorías contemporáneas

El desarrollo histórico del Trabajo Social está ligado a un fuerte vínculo con la práctica social, sus raíces se encuentran ligadas al contexto de la caridad, la religiosidad y el voluntariado y su accionar se desempeña en el ámbito de las políticas públicas, motivo por el cual su ejercicio en el campo de lo social encuentra una marcada tendencia hacia la



acción, la intervención, pero con una insuficiencia de enfoques teóricos propios que la guíen u orienten, como bien describen Vélchez Pírela, Martínez Mercado y Martínez Mina (2018), el Trabajo Social es una disciplina teórico-práctica que surge en Inglaterra a mediados del siglo XIX y ha sido vinculada a organizaciones sociales de caridad con el fin de promover la autoayuda de un modo organizado y reflexivo que, en su trasfondo, pretendía erradicar la pobreza promoviendo el trabajo como medio de sustento y generar la independencia de las personas. Si bien, desde su fundación el Trabajo Social ha mostrado especial interés por los principios éticos en su funcionamiento y es sustentado por bases epistemológicas, durante el siglo pasado, el Trabajo Social en vez de producir teoría específica para desarrollar su quehacer profesional, como otras disciplinas de su generación, se ha inclinado por la búsqueda y captura de teorías de otras disciplinas para aplicarlas a la intervención social. Por lo que, ante la ausencia de teorías específicas del campo que consiguieran explicar la realidad social de sus usuarios, el Trabajo Social ha preferido hacer uso de teorías de ciencias auxiliares, antes que producir la suya propia, como lo han hecho otras profesiones afines, preocupadas por su revisión constante de sus bases epistemológicas.

Desde siempre ha habido una preocupación constante por definir su campo de actuación y la especificidad profesional ha girado en torno de la identidad profesional y se ha debatido a acerca de si ha construido o no una teoría propia o si su quehacer se fundamenta en insumos teóricos de otras disciplinas o profesiones.

El presente que atravesamos exige un periodo de nuevos planteamientos para poder comprender los nuevos desafíos y escenarios que emergen de las problemáticas sociales que los trabajadores sociales deben enfrentar día a día, es por esta razón que nos pareció importante rescatar lo que Laura Ponce de León Romero (2012) plantea sobre la permanente búsqueda de la teorización del trabajo social con el fin de dotar de significado a la acción para poder predecir y controlar de manera fundamentada los fenómenos sociales, lo que motivó el surgimiento de un elenco teórico con el propósito de otorgarle a la profesión un procedimiento científico y sistematizado que garantice el entendimiento de la problemática social, buscando dar una explicación teórica desde la capacidad normativa y metodológica que ofrece cada enfoque.



Durante el siglo XX surgieron distintos modelos de intervención que tendrían su propio sustrato teórico para poder entender y enfocar los problemas. La diversidad de teorías existentes demuestra la complejidad de la naturaleza de los problemas sociales.

Las nuevas perspectivas de la profesión proponen un Trabajo Social que interviene no desde la aplicación de un método único, sino a partir de distintos enfoques, dependiendo del contexto y la realidad social.

En este sentido, Payne (2005) identifica las teorías o enfoques teóricos presentes en el trabajo social global en el siglo XXI y las ordena del siguiente modo: las *psicodinámicas*, las cuales se centran en el estudio del inconsciente y la reflexión psicosocial para la resolución de los problemas sociales, las *cognitivas conductuales*, enfocadas hacia la interpretación de las conductas desde los diferentes tipos de aprendizajes y en la comprensión de los pensamientos, principalmente desde el análisis de las distorsiones cognitivas detectadas, las *de crisis*, caracterizadas por la consecución de una intervención rápida y efectiva que amortigüe los efectos del desequilibrio provocado por la crisis; las *centradas en la tarea*, las cuales se centran en la selección de un problema diana y en la responsabilidad mutua del profesional y el usuario; las *sistémicas y ecológicas*, las cuales entienden el caso social como un sistema articulado mediante una estructura, necesidad y función; cuya permeabilidad le permite interactuar con un suprasistema superior; las *de construcción social*, que son las relacionadas con la Psicología social y el Interaccionismo simbólico que ayuda a la construcción social de la realidad, contribuyendo a la socialización; las *humanistas/existencialistas*, que se centran en los proyectos existenciales de vida y en el respeto al potencial que toda persona posee; las *posturas críticas*, basadas en el cambio social, en el Marxismo y en los modelos radicales; las *teorías feministas*, las cuales intentan dar respuesta a la posición de opresión que viven millones de mujeres en algunas sociedades; las *teorías antidiscriminatorias, antiopresivas y antirracistas*, las cuales pretenden ofrecer y promover soluciones para poder atender a la diversidad cultural de las sociedades; y por último las teorías relacionadas con *el empowerment* y la defensa de las capacidades de las personas para dirigir y ser partícipes de su propio desarrollo personal. Todas estas teorías brindan respuesta a la complejidad que entraña el ejercicio profesional.



Estamos ante una sociedad neoliberal avanzada que nos exige visualizar los desafíos ético-políticos desde una nueva identidad de la profesión. Para esto es importante apelar a distintos enfoques teóricos metodológicos que irán acompañando en esta nueva construcción de identidad profesional.

Las matrices teóricas y la intervención profesional en Argentina y América latina

El trabajo social en Argentina y América latina ha tenido la incidencia de varias matrices teóricas a lo largo del siglo XX. Se pueden mencionar las matrices positivista, funcionalista-estructuralista, dialéctica y tecnocrática-neoliberal. En esta región en la década del 60 el denominado proceso de Reconceptualización significó un cuestionamiento y se replanteo del Trabajo social Clásico o Tradicional, en sus fundamentos teóricos y metodológicos, que provenía principalmente de Norteamérica y Gran Bretaña.

En este sentido, desde una mirada contemporánea, Margarita Rozas Pagaza (2004) explica que existen tendencias teóricas¹ que emergen con grados diversos de explicitación y, en algunos casos con un interés por reactualizar una perspectiva teórica y metodológica vinculada a diversas concepciones acerca de la cuestión social. En esta dirección menciona el positivismo, el funcionalismo y el marxismo como tendencias teóricas que siempre han estado y están presentes en la formación profesional. Ante la necesidad de dar respuestas a ciertas problemáticas generadas por y al interior del sistema capitalista, la intervención ha tomado características diferenciales según el momento histórico y las influencias de las distintas matrices teóricas de las ciencias sociales.

En cuanto a la *matriz positivista*, Carballeda (2004) subraya que en nuestro país esta corriente de pensamiento tuvo una influencia preponderante en la construcción del Estado Moderno. La oligarquía terrateniente dominante tendía lazos de dependencia con Europa en su afán de insertar a Argentina en la economía mundial. En lo económico se vinculó a los ingleses y en el aspecto cultural a Francia. Carballeda (2004) manifiesta que las explicaciones del positivismo argentino se centraron en la raza. Debido a la influencia de

¹ Para Margarita Rozas Pagaza una tendencia teórica refiere a un conjunto de proposiciones y de abstracciones que dan cuenta sobre los fenómenos sociales, es decir, a un conjunto coherente de ideas sobre el hombre, la sociedad y la historia a partir del cual, se direcciona también una visión sobre la profesión en relación a la sociedad.



las ciencias naturales para comprender lo económico y lo social, se leerá la sociedad desde una perspectiva de “darwinismo social”, extraído de las ideas de Spencer. Estas ideas han sido el soporte y han dado forma y sentido a las instituciones vinculadas a las políticas sociales y las intervenciones. Hacia 1880, Carballada (2004) nos cuenta que Argentina se encontraba en una etapa de expansión económica y social, recibiendo un importante flujo de población extranjera que iba ampliando los márgenes de la ciudad. Las instituciones del Estado Moderno vinculadas a la salud, la educación, la acción social y lo jurídico son las que se hacían cargo de operar sobre los pobres, gauchos e inmigrantes, desarrollando mecanismos de integración y coerción. La Generación del 80 centró su mirada y explicaciones en la cuestión biológica y en las características raciales de la población. Las ideas de progreso sustentadas en el positivismo y la sociología biologicista, expresarán la mentalidad de las clases alta, medias y de la burguesía naciente (Carballada, 2004). Este autor menciona algunos antecedentes del Trabajo Social en Argentina en las instituciones creadas a principios de siglo XIX para ocuparse de pobres y niños, como la Sociedad de Beneficencia, en el proyecto educativo de la generación del ochenta, el discurso médico higienista, y las prácticas desarrolladas en el área de minoridad basada en el ideal rehabilitatorio. Elina Contreras y Marta Marenghi (2017) explican que, en nuestro país, bajo la mirada higienista (en pleno auge del positivismo), en el proceso de institucionalización del Trabajo Social, se legitima la intervención profesional que desarrolla la función social del Estado (como acciones de control) mediante ciertos mecanismos, reglas de juego, funciones y prioridades diseñadas para atender la cuestión social, reflejo del antagonismo de clase propio del capitalismo.

También, como ya hemos mencionado, estas autoras se refieren a la inmigración como hecho social que configura la Argentina moderna, ya que ha sido una de las problemáticas objeto de la intervención profesional. La misma fue orientada inicialmente por una perspectiva pedagógica con la aparición de las visitadoras de higiene, quienes llevaban a cabo una acción más ordenada y un registro de las mismas (diferente a las realizadas por la Sociedad de Beneficencia) con mayor grado de profesionalismo y, más aún, en contraposición a aquella. Esta corriente de pensamiento tuvo una gran influencia en la construcción de significados y dispositivos hegemónicos del Estado Moderno.



Para Margarita Roza Pagaza (2004) la influencia del positivismo en la profesión y su apropiación abarca al menos, tres aspectos: el referido al origen de la profesión, a las funciones atribuidas y a la preocupación recurrente respecto a los métodos de intervención, además resalta que estos aspectos deben ser entrecruzados con la concepción sobre la visión de sociedad.

En lo que refiere a la matriz *funcionalista-estructuralista*, ha dominado la intervención del Trabajo Social hacia mediados del siglo XX, su auge puede situarse entre los años 40 y finales de la década del sesenta del siglo pasado, cuando toma auge la reconceptualización en América Latina. Se trata de un período que es descripto como profesionalización del Trabajo Social, ya que esta matriz dominará la intervención del Trabajo Social. Esta etapa estará guiada por la idea que concibe a la sociedad como una estructura orgánica indivisible, cuya funcionalidad está en correspondencia con la funcionalidad de las partes.

Arbuatti, et al. (2013) mencionan que el funcionalismo fundamentaba la práctica del casework norteamericano² y basó sus premisas en la neutralidad y objetividad científicas, profundizando el positivismo inicial de la disciplina. Estas autoras cuentan que se da impulso a un período desarrollista, estrategia supuestamente despolitizada, creada por Estados Unidos para lograr el despegue económico de América Latina, mediante la asistencia técnica y financiera internacional. Desde una perspectiva pragmática e instrumental, el Trabajo Social inicia una etapa tecnocrática en la que profundiza el desarrollo de sus “métodos”, es así como desplegará el método de desarrollo de la comunidad, desde una lectura societaria y menos individualista; y los llamados métodos auxiliares: administración de servicios sociales, planificación social e investigación social. En este marco, los trabajadores sociales promoverán un proceso de cambio, como “agentes de cambio”. Se buscará la investigación pormenorizada de las condiciones de vida de la población y el conocimiento de las “necesidades sentidas”, como motor de la participación comunitaria, con indicadores que orientan la inserción en las comunidades y la posterior toma de conciencia de la situación real de su comunidad. Gardarelli y Rosenfeld (1998)

² “El Servicio Social Individual (Casework) es un arte en el cual se usa la ciencia de las relaciones humanas y la habilidad para cultivar estas relaciones, para movilizar las capacidades en el individuo y los recursos en la comunidad con el fin de promover una mejor adaptación del cliente a todo o parte de su ambiente.” Bower, Swithun (1949).



hablan de que, en Argentina, el desarrollo de la comunidad se institucionalizó por una ley nacional (la 17.271) que especificaba las atribuciones de los organismos de Estado. Los programas sociales hacia finales de los 60 estaban destinados para los marginados del progreso, identificados como la población, y eran objetivo de los programas de desarrollo, bajo la ideología “corporativa y comunitarista del ‘régimen de la revolución argentina’”. Como sostienen estas autoras, el centro de la transformación nacional era la comunidad y no la sociedad y se instala “el paradigma de la intervención social ‘participativa’”, que ha marcado a los programas sociales a lo largo de los años 90.

Lo que concierne a la *matriz dialéctica*, Arbuatti, et al. (2013) comentan que esta matriz en Latinoamérica comienza a tener influencia en el Trabajo Social a partir de la década del 70. Estas autoras citan a Oneto Piazze (2001), quien resalta que en el Trabajo Social latinoamericano surge una interesante crítica de las prácticas profesionales “colonizadas”, comenzando una etapa de nuevas propuestas en que los planteamientos críticos del positivismo y la apertura a la dialéctica surge con fuerza al interior del movimiento de Reconceptualización. En Argentina y como bien menciona Carballada (2006), una de las características centrales de la reconceptualización fue el desarrollo de un proceso crítico en los ámbitos académicos mediante la generación de nuevas prácticas y metodologías de intervención, que buscaban lograr un proceso de concientización en los grupos y comunidades donde se intervenía. Este autor revela que, en este período, las ciencias sociales y el Trabajo Social, son atravesados por nuevas lecturas de la teoría marxista, capaz de brindar el marco necesario para la transformación de la sociedad. Rozas Pagaza (2001) menciona que en nuestro país este movimiento estuvo “...impulsado por el grupo ECRO, que intentaba una ruptura con el trabajo social tradicional, impulsando una reflexión significativa sobre el carácter dependiente de la sociedad argentina, influenciada por la Teoría de la Dependencia y el marxismo. Dicha concepción generó una corriente de pensamiento para encaminar el trabajo comunitario desde una perspectiva de construcción política que aportase al proceso de lucha, la cual fue desarrollada por los sectores progresistas en la década del sesenta.”

La reconceptualización estuvo atravesada por planteos que enfatizaban la necesidad de una acción política desde los sectores populares y la necesidad de llevar a cabo una práctica



más eficiente utilizando los aportes brindados por el método científico y la ciencia social. Este movimiento trató de superar la metodología tradicional, lo que llevó a algunos trabajadores sociales a realizar una nueva búsqueda en las formas de intervención. Fue esto lo que llevó a algunos científicos sociales a realizar una nueva búsqueda; esta nueva etapa metodológica es denominada metodología dialéctica, destacándose los aportes realizados por la psicopedagogía en Brasil y Chile, la investigación-acción en Perú, el método de reflexión acción en Chile y el método MEI (Modelos Educativos Integrados) en Colombia, con una fuerte influencia del movimiento liderado por Camilo Torres. Finalmente, Arbuatti, et al. agregan que las miradas particulares acerca de la intervención profesional se caracterizaron tanto por la perspectiva de clase, que se separa del conservadurismo burgués, como por la participación de los sujetos en la totalidad del proceso de investigación. Ciertamente los gobiernos autoritarios que se sucedieron en Latinoamérica en las décadas del 60, 70 y 80 fueron un obstáculo para un mayor despliegue del Movimiento de Reconceptualización.

En cuanto a la *matriz tecnocrática-neoliberal*, Svampa (2005) indica que surgió en el cambio de paradigma del Estado Benefactor al Estado Neoliberal, proceso iniciado en los 70 y consolidado en los 90 que impactó negativamente en todos los órdenes de la vida social, política y económica de los países de la región.

Esta autora considera que, en Argentina, la dictadura militar iniciada en 1976 a través del terrorismo de Estado desarrolló una política de disciplinamiento y exterminio de los sectores movilizadores, y mediante la política económica instrumentada instaló un nuevo régimen de acumulación que sentó las bases de un sistema de dominación centrado en los grandes grupos económicos nacionales y los capitales transnacionales, el que se concretaría a partir del año 1989, en su alianza con el menemismo.

Describe Vilas (1997) en términos generales que el modelo instaurado se caracterizó por la desregulación amplia de la economía, la apertura asimétrica, que refiere al desmantelamiento del sector público, la autonomía del sector financiero en relación a la producción y el comercio, dejando el Estado de lado sus funciones de integración social y operando en la fijación del tipo de cambio, las tasas de interés y política tributaria, bombeando ingresos en beneficio del sector financiero. Clemente (2003) señala que esto se



trabajo en una “restricción del gasto público, pérdida de la universalidad en las prestaciones sociales, y desconcentración de funciones en los gobiernos municipales”. Las políticas sociales, de acuerdo a los parámetros establecidos por los organismos financieros internacionales, se reorientaron según los principios de focalización y descentralización. Susana Hintze (2003) plantea, que fue a través de proyectos y programas especiales que fueron gestionadas las “nuevas políticas sociales” de esta década, propuestas como “el modelo de la nueva gestión (ágiles, flexibles, no burocráticas, altamente profesionalizadas)” y financiadas a través del crédito de organismos internacionales “por fuera de las estructuras de línea de los ministerios nacionales y provinciales”, es decir mediante contratos con buenas remuneraciones y sin beneficios sociales.

En relación al ejercicio profesional los atravesamientos en esta etapa fueron variados y de distinto orden. Nora Aquín (1999) plantea la existencia de mutaciones socioculturales como resultante de este proceso, que tienen efectos tanto en el campo del Trabajo Social como en la interpretación de la cuestión social mediante la naturalización de las desigualdades sumado a una psicologización de la misma, al ubicar demandas relativas a carencias de los sujetos lo que refiere a derechos sociales, así como en el cuestionamiento de la validez del concepto de derecho social reemplazado por el concepto de deber moral que alude a la solidaridad de aquellos que se encuentran en situación de brindar ayuda y por último la exigencia a los trabajadores sociales en cuanto a eficiencia y productividad, requiriendo cada vez más elementos e instrumentos clasificatorios tanto para el diagnóstico como para el tratamiento social de los pobres para volver “razonables” sus demandas.

Nora Aquín (2008) también nos cuenta que se invocaba un saber tecnocrático, que recuperaba concepciones y herramientas copiadas por la tradición positivista de la profesión, reactualizadas bajo formas de modernización tecnológica y sustentadas desde una “racionalidad técnica”.

En esta etapa Clemente (2003) explica el Trabajo Social pierde de vista su paradigma transformador, y asume un rol funcional al nuevo modelo, incorporando técnicas para gestión social mientras se desarrollaban innovaciones en el abordaje de la pobreza estructural y se destruía el sistema de integración y movilidad social.



Para esta autora algunos de los puntos de tensión que vivió la profesión en ese período están relacionado con la adopción de los nuevos enfoques de política social en torno a programas sociales. En este sentido Clemente (2003) señala que los trabajadores sociales fueron convocados a trabajar proyectos descentralizados, focalizados y participativos, cuya escala de cobertura casi experimental, con altos costos de financiamiento externo, aún es motivo de polémica. Así fue que se le exigió a nuestra profesión “instrumentalizar la focalización”. En materia social Clemente (2003) resalta que en el mismo período se determinaron innumerables programas destinados a contener los estallidos sociales en las clases más pobres y el Trabajo Social como profesión se replegó en las instituciones y en los barrios, optimizó la administración de recursos escasos y movilizó contrapartes que les permitió ejecutar los programas sociales descentralizados.

Cabe señalar el cambio acaecido en la configuración de la demanda, ligada a las necesidades que se suscitaban, producto de las políticas aplicadas. Esto se tradujo en la llegada masiva de los nuevos pobres a los servicios sociales promediando la década. En este sentido Clemente (2003) analiza que el trabajador social encontró que sus enfoques e instrumentos, su lenguaje, su tipo y calidad de prestación institucional, no se correspondían con este nuevo sujeto. Finalmente, esta autora revela que las políticas sociales de este período dejaron nuevas capacidades de planificación, evaluación y administración de recursos humanos y financieros, además de nuevos campos de inserción profesional, como lo son las ONG, las políticas de subsidio al desempleo, la seguridad alimentaria, el fortalecimiento institucional y el enfoque de desarrollo local.

Por último, cabe mencionar que la mayor parte de la producción propia del Trabajo Social en esta etapa, refiere al análisis acerca de las políticas neoliberales y a su impacto en la población, y en menor medida a cuestiones relativas a los aspectos metodológicos y al modo en que se fueron configurando las estrategias profesionales para la intervención, por lo que el modelo de intervención del Trabajo Social durante esta etapa tenía puesta la mirada sobre el Estado y el desarrollo económico.



Contexto de surgimiento del Trabajo Social Antiopresivo

Teresa Matus (2013) señala en su tesis doctoral que las prácticas antiopresivas comenzaron a fines de los 60 y principios de los 70, como críticas a los métodos en trabajo social. La profundización de las prácticas antiopresivas aparecieron en primer lugar en las actividades de los nuevos movimientos sociales, sobre todo los que involucraron a mujeres y en segundo lugar en las políticas de oportunidades igualitarias y las políticas de su implementación.

Las prácticas antiopresivas son entendidas como prácticas emancipadoras orientadas al cambio social y a la justicia social en el contexto del Trabajo Social anglosajón. Nos referimos con Trabajo Social anglosajón al trabajo social que se desarrolla en países de habla inglesa y sus colonias o ex-colonias.

Una de las autoras que nos permite reconstruir estas prácticas es Donna Baines, trabajadora social y docente en universidades de Canadá, donde enseña estudios laborales y trabajo social. Ha centrado su investigación en el trabajo remunerado y no remunerado, la teoría y práctica de trabajo social antiopresivo y de justicia social orientada al trabajo social. Ha colaborado ampliamente con proyectos de investigación en Canadá, Australia, Nueva Zelanda, Sudáfrica, Taiwán, Hong Kong y Escocia y actualmente participa en una serie de colaboraciones de investigación. En su libro “Doing anti-oppressive practice: Social Practice Social Work” (2011), considera que las prácticas antiopresivas tienen un antecedente en las organizaciones de lucha por la justicia social a fines del siglo XIX.

Baines (2011) entiende que el surgimiento del trabajo social como una profesión entre grupos caritativos, como lo fueron las Organizaciones de Beneficencia de la era victoriana fundadas en Gran Bretaña. Las intervenciones de estos primeros profesionales no resultaron suficientes para solucionar los problemas sociales, ya que no habían podido ser capaces de desafiar a los sistemas que explotan a los pobres y sostienen a los ricos. Esta tradición continúa aún hoy en el trabajo social bajo la forma de intervenciones destinadas a



proporcionar asistencia a los clientes³ mientras que los sistemas sociales que generan estos problemas permanecen intactos. Partiendo de esto, Baines manifiesta que afortunadamente surgieron al mismo tiempo más enfoques dirigidos al trabajo social basados en la justicia social que mostraron los conflictos que sacudieron a la sociedad victoriana, como luchas concretas entre aquellos que trabajan para ganarse la vida (o que lo harían si hubiese más oportunidades laborales) y entre aquellos que viven a costa de la riqueza producida por el trabajo de otros. Para finales de la década de 1880, los trabajadores sociales participaron y lideraron organizaciones destinadas a la justicia social como lo fueron el Movimiento Obrero, el Movimiento de los Establecimientos y la Liga canadiense para la Reconstrucción.

En Canadá, las primeras versiones de un análisis sobre múltiples opresiones surgieron como un “trabajo social estructural” e hicieron hincapié en el modo en el que los problemas cotidianos son sociales por naturaleza ya que las estructuras sociales y relaciones entre los individuos, sus personalidades, sus familias y sus comunidades, son sociales por naturaleza. Estas estructuras sociales incluyen al patriarcado, al racismo, al capitalismo, al heterosexismo, al edadismo y al capacitismo. Hacia mediados y fines de la década de 1990, gran parte de los enfoques de voz y opresión múltiples habían recurrido al posmodernismo y al posestructuralismo. En la década de 1990 y hacia el comienzo del nuevo milenio, las obras basadas en la justicia social cambiaron al trabajo social antiopresivo o crítico. Esto permitió combinar las teorías del posmodernismo crítico y de la interseccionalidad en el análisis de las clases. Aunque esta combinación de teorías no es tan sencilla y numerosos debates continúan, todo esto ha producido nuevas generaciones de profesionales y académicos que defienden a la justicia social. El posmodernismo y el posestructuralismo ofrecieron modos de interpretar las múltiples opresiones como la identidad, la ubicación social, la voz, la diversidad, los límites, el antiesencialismo, la inclusión, la exclusión y la discordancia, mientras que simultáneamente hacían hincapié en la importancia de la

³ Este término es utilizado habitualmente en otros contextos profesionales como el europeo y el anglosajón. Es definido por Suárez Soto y Palomar Villena (1993) como “...la persona a la cual ayuda el Trabajador Social; la otra parte en el proceso de la relación profesional.

El cliente puede referirse también a una situación multipersonal; se definiría, pues, como un sistema que precisa de ayuda, ya sea una familia, un grupo pequeño, una institución, una comunidad o vecindario. Cada uno de estos sistemas (subsistemas) está formado por individuos que son, en última instancia los receptores de la ayuda.”



experiencia cotidiana. Algunos sostienen que los conceptos del posmodernismo y del posestructuralismo representan un quiebre decisivo con teorías clásicas como lo son el feminismo, el marxismo, el antimperialismo y el antirracismo. Por ejemplo, las teorías clásicas contienen una clara percepción sobre quiénes son los oprimidos y quiénes son los grupos opresores en la sociedad mientras que el posmodernismo desafía a la idea de opresión, quiénes son oprimidos y los diferentes modos en los que se puede o no mantener y reproducir la opresión. Otros sostienen que los conceptos posmodernistas son continuaciones de temas abordados por modelos anteriores y aportan una útil complejidad a los debates que se han propagado a través de los años, algunos otros argumentan que las teorías anteriores no han logrado discutir las opresiones superpuestas, las discordancias, la diversidad o la identidad. Sin embargo, a comienzos de la década de 1980, varios autores trabajaron desde una perspectiva marxista-feminista o socialista-feminista y elaboraron una serie de artículos fundamentales que investigan las opresiones superpuestas.

Así mismo, las feministas negras ya estaban abordando temas como clase, raza, y género antes de que los posmodernistas promovieran la noción de identidades múltiples. Los primeros ejes centrales para la teorización que utilizaron las feministas fueron el contexto y la práctica cotidiana, no el dominio exclusivo del posmodernismo y del posestructuralismo. Si bien existen verdaderas diferencias, semejanzas importantes predominan en el trabajo de la mayoría de los académicos antiopresivos. Por ejemplo, las estructuras viejas y las nuevas estudian al individuo y al lugar que este ocupa en el mundo, y reconocen que la identidad de una persona está determinada por su clase, raza, género, etc., lo que en pocas palabras significa que todos tenemos múltiples identidades construidas socialmente. Las estructuras viejas y las nuevas también reconocen que los modos en los que interpretamos nuestras identidades y experiencias son igualmente formados y determinados por nuestra clase, raza, género, etc. Las viejas perspectivas como lo son el marxismo y el feminismo, y las más recientes instituciones teóricas como lo son el posmodernismo crítico y el posestructuralismo están a favor de un continuo perfeccionamiento de la teoría en respuesta al cambio en las condiciones sociales; las distintas versiones de cada una de las teorías han tenido dificultades con la complejidad de diversos ejes de opresión y todas se interesan en el poder.



No es solo el desenvolvimiento teórico lo que sustenta al desarrollo de la práctica antiopresiva. Otros fenómenos se pueden tomar en cuenta para a la hora de comprender ese desarrollo. El capitalismo, el neoliberalismo y el gerencialismo global crean entornos de práctica en donde los trabajadores sociales se enfrentan a nuevos desafíos y problemas. Para abordar estos desafíos, los trabajadores sociales antiopresivos se plantean y comprometen con nuevos interrogantes para llevar la práctica antiopresiva a nuevas áreas de práctica, analizar los cambios, y ampliar y redefinir la teoría. Una de las tareas más desafiantes es el traslado de la teoría a la práctica. Se intenta siempre resaltar las fortalezas de los clientes mientras que permanece plenamente consciente de los modos en que sus experiencias y cambios de vida han sido limitados y formados por grandes y desiguales fuerzas sociales. Al abordar los asuntos de los usuarios de los servicios de la manera más respetuosa y firme posible, se vincula a los problemas particulares y a las personas con otras que están en la misma situación, generando vínculos a través del dolor, de las desigualdades políticas, de las políticas sociales y de las fuerzas económicas.

El impacto de los nuevos modelos de gestión mundial y de los actuales marcos de la política social también han sido analizados desde la perspectiva de la práctica antiopresiva, lo que ha ayudado a los profesionales a entender e implementar medidas innovadoras ante una mayor integración de prácticas de trabajo y ante las formas de organización neoliberales. El neoliberalismo es un sistema mundial que enfatiza la responsabilidad individual y la compra privada de servicios más que la corresponsabilidad social y los servicios públicos. Estas filosofías se presentan en el ámbito laboral como prácticas de trabajo estandarizadas y enajenantes como la Nueva Gestión Pública y otros modelos de gestión de rendimiento o como los también llamados enfoques científicos como la práctica basada en la evidencia que ofrece soluciones estrictas para la práctica del trabajo social al sustituir el criterio de los trabajadores por cantidades y tipos de intervenciones asignadas con anterioridad.

Finalmente, numerosos autores se han dedicado al perfeccionamiento de la teoría sobre la práctica orientada a la justicia social, y gran parte del libro “Doing anti-oppressive practice: Social Practice Social Work” se centra en preguntas específicas y delicadas que continuamente surgen en el trabajo social orientado a la liberación. Muchos de los



interrogantes que se plantean giran en torno al problema del poder, qué es, cómo y cuándo es usado y cuáles son las formas más justas y equitativas de concebir y utilizar el poder en la sociedad en general y en el trabajo social en particular. (Baines, 2011, pp. 8-12)

Sin duda el trabajo social antiopresivo, sus prácticas y diversos enfoques, son de relevancia en la conformación de la masa crítica que se encuentra en crecimiento en el trabajo social contemporáneo alrededor del mundo.



Capítulo 2

Temas centrales del enfoque antiopresivo

En su texto, Donna Baines presenta algunos temas comunes o ideas centrales que conforman el enfoque antiopresivo y determinan el accionar de las prácticas de los agentes profesionales con el fin de promover la justicia social a través del trabajo social en la vida cotidiana de quienes están en situación de opresión.

De este modo, cobran relevancia las relaciones sociales opresivas y su multiplicidad, la dimensión política de las prácticas antiopresivas, los objetivos y estrategias de las prácticas. Asimismo, se mencionarán otros autores como Clifford que también se refiere a este enfoque.

Las relaciones sociales opresivas y su multiplicidad

Baines (2011) considera que las relaciones sociales son creadas por los seres humanos y generan la continua opresión de muchos grupos e individuos. Que sean creadas por las personas significa que estas relaciones opresivas pueden ser cambiadas por ellas mismas. Las relaciones sociales a gran escala son también conocidas como estructuras sociales, fuerzas sociales y procesos sociales o las denominadas poderosas fuerzas de la sociedad, como el capitalismo; los gobiernos y sus políticas económicas, sociales, financieras e internacionales; la religión y las instituciones culturales; y el mercado internacional y las entidades financieras.

Las relaciones sociales a pequeña escala incluyen normas sociales, prácticas cotidianas, políticas y procesos específicos del lugar de trabajo, valores, identidades y el también llamado sentido común. El uso del término “relaciones sociales” destaca que estas relaciones son organizadas y accionadas por personas y que pueden ser suspendidas o reorganizadas por ellas mismas. Son completamente procesos *sociales*, no condiciones inevitables de la vida moderna o condiciones que no podemos cambiar (Baines, 2011, p.4).

Baines entiende que las relaciones sociales a gran y pequeña escala determinan, perpetúan y promueven ideas sociales, valores y procesos que están opresivamente organizados en torno



a las nociones de superioridad, inferioridad y varias posiciones entre estos dos polos opuestos. Estas múltiples opresiones, que abarcan género, clase, discapacidad, orientación sexual y raza, no se encuentran simplemente una al lado de la otra, raras veces se combinan o interactuando entre sí. En cambio, se superponen, compiten, socavan, o se fortalecen la una a la otra de forma que dependen de varios factores en el contexto global e inmediato (Baines, 2011, p.5).

La dimensión política del trabajo social

Baines habla de que “Politizar” y “políticas” se refieren a la “p” minúscula de la política, las luchas de todos los días por un significado, por los recursos, por la sobrevivencia y por el bienestar. Al emplear esta definición, todo es política, a pesar de la creencia relativamente generalizada de que la mayor parte de la vida cotidiana es completamente apolítica. La “p” minúscula es diferente de la “P” mayúscula, la cual supone que la política aparece principalmente durante las elecciones, cuando los partidos y las personas se postulan para ganarse el derecho a gobernar. Desde la perspectiva política de la “P” mayúscula, solo algunas cuestiones son consideradas políticas. Por ejemplo, los problemas sociales son convencionalmente entendidos como el resultado de dificultades personales y de decisiones desacertadas en vez de la distribución desigual del poder, los recursos y la afirmación de la identidad. Las personas que apoyan una u otra postura y que quizás no necesariamente se ocupan de todo lo que implica la perspectiva política de la “P” mayúscula buscan soluciones a los problemas del sistema social existente a través de pequeños cambios por medio de la implementación de técnicas de gestión a casi todas o a todas las cuestiones sociales o mediante el incentivo a las personas a buscar intervención médica o psicológica a los problemas que experimentan.

En cambio, las personas que apoyan la perspectiva política de la “p” minúscula consideran que los problemas sociales y sus soluciones dependen de la capacidad de cada individuo para acceder al poder y a los recursos, como así también de la habilidad para usar y expandir este acceso de un modo socialmente justo y para promover la igualdad. Para determinar si tenemos poder en cualquier situación dada, hay que comenzar por preguntarse qué nos gustaría cambiar, a quién más le gustaría este cambio y si podemos hacer que el



cambio se produzca. Las respuestas a estas preguntas usualmente nos muestran cuánto poder tenemos y a cuánto podemos acceder, cuáles son los recursos y las estrategias disponibles mediante las que podemos ejercer el poder, quién más tiene el poder, y cómo estas personas pueden ejercer, intercambiar, delegar y redistribuir sus poderes. Mientras se intenta establecer una conexión entre la práctica y el activismo social, es importante preguntarnos quiénes se benefician de la forma en que se realizan las cosas en un momento determinado, quién puede ayudarnos a realizar los cambios deseados, cómo podemos ayudarnos y ayudar a otros a detectar las diversas formas en las que las cuestiones son políticas y cómo las distintas esferas del poder funcionan en cualquier circunstancia dada.

Para politizar a algo o a alguien es necesario presentar la idea de que todo tiene un matiz político, lo que significa que nada es neutral y que todo implica una lucha manifiesta o encubierta por el poder, los recursos y la afirmación de la identidad. Esta lucha puede llegar a ser tranquila y fácil de negociar entre dos personas en una charla trivial y cotidiana, o puede llegar a salir de manera explícita a medida que las personas desafíen el modo en que se les habla o se habla de ellos, las oportunidades que se les ofrecen o las que les han sido negadas y los modos en que pueden acceder y experimentar los aspectos positivos de la vida como lo son el empleo, las artes, la participación social, entre otros. Cuando una cuestión se politiza en lugar de ser pensada como un desafortunado problema social o una limitación personal, las personas y los grupos pueden analizar con mayor facilidad y actuar en consecuencia. La esencia del trabajo social se centra en los conflictos entre grupos sociopolíticos y las fuerzas que luchan por definir las necesidades y que buscan cómo interpretarlas y satisfacerlas. Estos grupos pueden estar conformados por comunidades, clases, culturas, grupos etarios, por un determinado sector de trabajadores o por aquellos excluidos del sistema laboral, entre otros. Estos grupos competidores representan una amplia variedad de perspectivas políticas y estrategias de cambio. Los trabajadores sociales discrepan fuertemente sobre si apoyar el *statu quo*, qué perspectiva política adoptar, si las estrategias de cambio están argumentadas, y en caso de que lo estén, cuáles y en qué medida (Baines, 2011, pp.5-6).

En este sentido, se puede inferir que para esta autora el trabajo social es una práctica controvertida y altamente política. Por ello, el trabajo social no es una profesión neutral y



asistencial, sino un proceso político activo. Para Baines no existe una “zona libre de política”, ni existen maneras de evitar el poder y la política en el trabajo social, especialmente cuando intentamos conocer las necesidades de nuestro cliente en el contexto de una sociedad cada vez más comercial y a favor de un mercado que apoya y se beneficia de la guerra, el colonialismo, la pobreza y la injusticia a nivel local y mundial. Cada acción que llevamos a cabo es política y se relaciona principalmente con el poder, los recursos, y con quiénes tienen el derecho y la oportunidad de sentirse seguros de sí mismos, de sus identidades y de sus futuros (Baines, 2011, p.6).

La finalidad del Trabajo social y sus estrategias

El trabajo social orientado a la justicia social asiste a las personas y a la vez busca transformar a la sociedad. Baines explica que el trabajo social orientado a la justicia social no solo pone énfasis en cambiar la vida de las personas, sino que también ayuda a cubrir sus necesidades, siempre que sea posible, de un modo participativo y transformador, y a la vez se centra en desafiar y transformar a aquellas fuerzas dentro de la sociedad que perpetúan la desigualdad y se aprovechan de la opresión (Baines, 2011, p.6).

Los trabajadores sociales no pueden resolver los problemas sociales, políticos y económicos por sí solos, deben unirse a otros grupos para organizar y movilizar a las personas con el fin de lograr cambios transformativos a gran escala. Los movimientos sociales y las organizaciones activistas son unas de las mejores opciones para impulsar un cambio social duradero ya que intentan adaptarse lo mejor posible a los valores y a la ética del trabajo social (Baines, 2011, p.7).

Como Bertha Reynolds señaló: “El trabajo social existe para servir a las personas necesitadas. Si se atiende a otras clases que tienen otros propósitos, se convierte en una profesión deshonesto y en consecuencia incapaz de un desarrollo teórico o práctico”. El conocimiento y la práctica del trabajo social deberían basarse en la vida de aquellos a los que se les asiste y analizarse en relación a enfoques críticos para garantizar que lo que estamos construyendo sea un cambio duradero y no que accidentalmente reproduzca varios tipos de opresiones (Baines, 2011, p.7).



Para Baines los clientes no son solo víctimas, pero pueden y necesitan ser activos en su propia liberación y en la de otros. Sus experiencias también se consideran un punto de partida clave para el desarrollo de nuevas teorías y conocimientos, como así también de estrategias políticas y de resistencia. Sus voces deben formar parte de cada programa, política, actividad de planificación y evaluación. Las formas participativas de ayuda suelen ser aquellas que ofrecen mayor dignidad y un impacto de gran alcance y más (Baines, 2011, p.7).

Los trabajadores sociales deben criticar de forma constructiva su propia participación y su vinculación en los procesos sociales. Se pierde una invaluable fuente de información cuando no utilizamos nuestros conocimientos, frustraciones, decepciones y éxitos como puntos de partida para mejorar la teoría y la práctica (Baines, 2011, p.7).

Baines entiende que, en vez de considerar un único modelo de justicia social como verdad absoluta, un enfoque heterodoxo que involucre e incorpore la fortaleza de distintos enfoques críticos aportará la máxima vitalidad y el máximo potencial para ofrecer una teoría y una práctica emancipadora. Antes que encerrarse y defender una perspectiva particular, este enfoque ofrece un gran potencial para el continuo desarrollo y perfeccionamiento de la teoría y de la práctica. Los autores que aparecen en su libro discuten, utilizan y clarifican un gran abanico de perspectivas (el feminismo, el marxismo, el posmodernismo, el indigenismo, el posestructuralismo, el constructo crítico, el anticolonialismo y el antirracismo) que, si bien coinciden, a veces se oponen. (Baines, 2011, pp.7-8)

Clifford (1995) al igual que Baines, utilizó el concepto “antiopresivo” para indicar una posición de evaluación explícita de los constructos de división social (especialmente de “raza”, clase, género, discapacidad, orientación sexual y edad) como asuntos más amplios de la estructura social, que al mismo tiempo vienen a ser problemas personales y organizacionales. Este autor examina el uso y el abuso del poder no solo en relación al comportamiento individual u organizacional, el cual puede estar explícito, encubierto o ser indirectamente racista, clasista, sexista y tomar muchas otras formas, sino que también analiza la relación con las estructuras sociales más amplias, cómo por ejemplo, los sistemas de salud, educativos, políticos y económicos, como también los medios de comunicación y



culturales y la entrega de servicios y beneficios de grupos poderosos tanto a nivel local como a nivel nacional e internacional. Estos factores inciden en las historias de vida de las personas de manera única lo cual debe entenderse en su complejidad sociohistórica.

Clifford se refiere claramente al uso y abuso del poder dentro de las relaciones personales, familiares, comunitarias, organizacionales y estructurales. Estos niveles están interconectados, configurando y determinando la realidad social. Clifford (1995), inspirado en los escritos de las feministas negras y otras “perspectivas no dominantes” elaboró una serie de principios antiopresivos que permiten una evaluación integral, teorizada y empoderada del Trabajo Social.

Similar a Donna Baines, Clifford manifiesta que las *diferencias sociales* surgen debido a las disparidades de poder entre los grupos sociales dominantes y dominados. Las principales divisiones también las describe en términos de raza, género, sexo, clase, preferencia sexual, discapacidad y edad. Destaca otras diferencias, tales como la religión, la región, la salud mental y la monoparentalidad que existen e interactúan con las principales divisiones, lo que hace que la comprensión y la experiencia de la opresión sea un asunto mucho más complejo.

Otro principio que menciona son las *biografías personales*, las cuales se sitúan dentro de un contexto social más amplio y la situación de la vida de las personas se ven en relación con los sistemas sociales, tales como la familia, los grupos de pares, las organizaciones y las comunidades. Por ejemplo, los problemas asociados con el envejecimiento no solo son algo individual, sino que deben entenderse en relación con las ideologías, políticas y prácticas de discriminación por la edad que existen dentro del entorno social en el que se encuentra la persona.

El *poder* es otro de los principios que destaca, es un concepto social que puede ser usado para explorar las esferas de la vida pública y privada. En la práctica, se puede ver que el poder opera a nivel personal y estructural. Está influenciado por factores sociales, culturales, económicos y subjetivos. Todos estos factores necesitan ser tomados en cuenta en cualquier análisis de cómo las personas o grupos obtienen un acceso diferencial a los recursos y a las posiciones de poder.



Resalta también que las experiencias y situaciones de la vida individual están dentro de un *tiempo y lugar específico*, de modo que a estas experiencias se otorga un significado dentro del contexto de las ideas predominantes, los hechos sociales y las diferencias culturales.

La *reflexividad* es otro principio en donde la consideración continua de como los valores, las diferencias sociales y el poder afectan las interacciones entre las personas. Estas interacciones deben entenderse no solo en términos subjetivos, sino que también en cuestiones sociológicas, históricas, étnicas y políticas.

Estos principios se relacionan entre sí, interconectándose y superponiéndose en todo momento. Trabajar desde una perspectiva fundamentada por principios antiopresivos, como los que plantea Clifford, proporciona un enfoque que comienza a relacionarse con los complejos problemas del poder, la opresión y subyugación que determinan las vidas de las personas que reciben los servicios de atención social. La comprensión de estos principios traerá consigo una transformación fundamental en la relación que existe entre la evaluación integral de una situación y la naturaleza de la acción que es requerida para cambiar la situación existente (Burke y Harrison, 2002, p.133).

La fuerza que impulsa la práctica antiopresiva es el acto de desafiar las desigualdades. Las oportunidades para el cambio son creadas por el proceso de desafiar. Los desafíos no siempre son exitosos y a menudo son dolorosos para la persona o el grupo al que se desafía o son desafiados. Un desafío, en el mejor de los casos, implica cambios a nivel macro y micro. Si la práctica antiopresiva busca proporcionar servicios apropiados y sensibles basados en las necesidades y no en los recursos, deberá incorporar, como bien plantea Dominelli (1994), una filosofía centrada en la persona; y un sistema de valores igualitarios relacionado con la reducción de los efectos nocivos de las desigualdades estructurales sobre las vidas de las personas; una metodología que se centra tanto en el proceso como en el resultado; y una forma de estructurar las relaciones entre las personas que tiene como objetivo empoderarlas mediante la reducción de los efectos negativos de las jerarquías sociales en su interacción y en el trabajo que realizan juntos.

Cuando se trabaja en organizaciones de bienestar estas estarán limitadas por políticas financieras, sociales, legislativas y organizacionales. Los trabajadores sociales que operan dentro de ese entorno inevitablemente se enfrentarán a demandas conflictivas y



competitivas sobre sus recursos personales y profesionales. El uso de los principios antiopresivos entrega al trabajador social una forma de responder y manejar estas situaciones a veces hostiles y desfavorables que afectan tanto a ellos como a las personas usuarias del servicio (Burke y Harrison, 2002, p.134).

Los trabajadores sociales están en una posición privilegiada para realizar evaluaciones integrales que sean teóricamente fundamentadas, holísticas, empoderadas y desafiantes.

Para trabajar efectivamente, es importante tener una perspectiva que sea teóricamente fundamentada y posea una continua reflexión y evaluación de la práctica, es decir, que tenga un análisis crítico de las cuestiones de poder, que están presentes tanto en los aspectos personales como estructurales. Se debe ser flexible sin perder el foco central y se deben incluir las visiones de las personas y de los grupos oprimidos, también es importante desafiar y cambiar las ideas y prácticas existentes que puedan ser opresivas, esto permitirá realizar un análisis de la naturaleza opresiva de la cultura organizacional y el impacto que esto puede tener en la práctica. Se debe tener estrategias de cambio multidimensionales, las cuales incorporen los conceptos de trabajo en red, participación del usuario, asociación y participación activa entre los profesionales y la persona. Las personas usuarias de los servicios, los profesionales, los estudiantes y académicos continúan tratando de encontrar las formas de relacionar los problemas de la opresión en la prestación de los servicios de asistencia sanitaria y social. La práctica antiopresiva va más allá de las descripciones naturalizadas de la opresión a formas dinámicas y creativas de trabajar. Los principios de reflexividad, diferencias sociales, localización geográfica e histórica, lo personal a nivel político, el poder y la subyugación, y los actos de cuestionar proveen un marco conceptual el cual puede ser utilizado como fundamento para una práctica que incluya las necesidades de las personas (Burke y Harrison, 2002, p.138).

Tanto Baines, como Dominelli, Clifford, Burke y Harrison plantearon ideas centrales que refieren a las prácticas antiopresivas y a la compleja naturaleza de la opresión presente continuamente en las vidas de las personas que han sido marginalizadas en esta sociedad. Como profesionales del Trabajo Social, tenemos una responsabilidad moral, ética y legal para subvertir la inequidad y la desigualdad. Como hemos visto en el capítulo uno, históricamente nuestra profesión al tratar de comprender, explicar y ofrecer respuestas a las



dificultades que experimentaban las personas y colectivos, fue inspirándose en variadas formas de pensamiento, de disciplinas como la sociología, la psicología, la historia, la filosofía y la política. Bajo este marco teórico-conceptual multidisciplinar, los principios antiopresivos e ideas centrales que aquí aparecen, han proporcionado a los trabajadores sociales una herramienta necesaria para marcar la diferencia en su labor, y poder comprender y responder a la complejidad de la opresión que se presenta a diario en la práctica profesional.



Capítulo 3

Categorías y conceptos del enfoque antiopresivo

Para seguir ampliando la reconstrucción de este enfoque, se recuperan conceptos centrales que permitirán dilucidar la red teórico conceptual que lo sostiene. Para el desarrollo de este capítulo nos serviremos de algunas categorías que aparecen en el libro de Donna Baines “*Doing anti-oppressive practice*”, en el cual las analiza y desarrolla mediante el uso de viñetas con el fin de resaltar conceptos importantes para posibilitarle al lector una fácil comprensión y reconstrucción de estas nociones y dilucidar la red teórico-conceptual que sostiene este enfoque. Asimismo, tomaré los conceptos/categorías que ha desarrollado la trabajadora social Lena Dominelli, quien se ha abocado a escribir también sobre esta temática.

Un primer concepto central de este enfoque es la *opresión*. Baines (2011) considera que esta se produce cuando una persona actúa injustamente o se promulga una ley en contra de un individuo (o un grupo) por su vinculación con un grupo específico. Esto incluye privar a las personas de ganarse la vida de una manera justa, de participar en todos los aspectos de la vida social o de gozar de libertades básicas y derechos humanos, supone también imponer sistemas de creencias, valores, leyes y modos de vida en otros grupos a través de medios pacíficos o violentos. La *opresión* puede ser externa, como en los ejemplos de arriba, o interna, cuando los grupos comienzan a creer y a actuar como si el sistema de creencias dominante, los valores y los modos de vida fueran la mejor y la única realidad. La opresión interna generalmente implica el odio a sí mismo, la autocensura, la vergüenza y el rechazo de la realidad individual o cultural.

La *opresión*, de acuerdo a Lena Dominelli (2002), involucra relaciones de dominación que divide a los individuos en dos grupos, los superiores y los subordinados. Estas relaciones de dominación consisten en una desvalorización sistemática de los atributos y contribuciones de aquellas personas vistas como inferiores, y en la exclusión al acceso de los recursos que solo pueden tener aquellos considerados como superiores.



Las relaciones opresoras implementan un mecanismo de normalización que promueven los valores dominantes y sus prioridades, imponiendo una serie de sistemas de control social tendientes a restringir las actividades de los grupos subordinados dentro de los terrenos del grupo dominante. Por lo tanto, las relaciones opresivas limitan la gama de opciones que los individuos y grupos subordinados pueden asumir. La dinámica de la opresión proporciona el contexto en el que los individuos y los grupos oprimidos ejercen sus acciones y pretende dar forma al mundo de individuos y sujetos tal como lo prevé. Estas dinámicas involucran procesos de opresión que se comparten a través de una serie de divisiones sociales como son la raza, la orientación de género, la clase, la edad, la discapacidad o la orientación sexual.

Dominelli (2008), se refiere a la *opresión* como un término controversial, ya que en primer lugar se tiende a negar su existencia, en segundo lugar, se reproduce en las prácticas de la vida cotidiana (consensuales) o a través de la violencia, la coerción y el miedo y, en tercer lugar, se la define de muchas formas como por ejemplo, la discriminación ejercida por la gente intolerante o como un complejo de actitudes y comportamientos intrincados en una visión inequitativa del mundo, visión constantemente afirmada y reproducida a través de prácticas institucionales, normas culturales y acciones individuales que tratan a algunas personas como superiores y a otras como inferiores. Finalmente, ocurre en múltiples dimensiones, cada una de las cuales interactúa con las otras para producir un entramado complejo de relaciones y de experiencias diferentes.

La *opresión* interactúa e interseca muchas divisiones sociales tales como el género, la clase, la discapacidad, la edad, la “raza”, la orientación sexual, la religión y el idioma, para crear diferentes y complejas experiencias de opresión.

En el contexto de este enfoque hay referencias con respecto a la noción “*otro*”. Baines se refiere a este concepto como a otra persona, pero el término conlleva un significado más profundo el cual indaga la lucha que tiene una persona o grupos de personas cuando intentan entender o relacionarse con otros diferentes a ellos mismos. Otros autores han utilizado este término para referirse a una persona o grupo marginalizado y oprimido por el grupo dominante dentro de la sociedad (Baines, 2011, p.58).



Lena Dominelli (2002), sin embargo, hace referencia al concepto de *otrerización*, el cual lo explica como un proceso que implica la construcción de un individuo o grupo como el *otro*, es decir, como alguien que está excluido de las jerarquías “normales” de poder y es etiquetado o etiquetada como “inferior”, situación que se reproduce en las relaciones de dominación, estableciendo una división entre los grupos, como los denomina esta autora, nosotros y ellos, en donde “nosotros” gozan de unos privilegios que consideran se da por sentado en sus vidas desde su perspectiva social, mientras que el grupo considerado como “ellos” son subvalorados.

En términos de Dominelli, la *otrerización* es una construcción social fundada en interacciones que se sitúan en dominios biológicos, sociales, políticos y/o económicos, con base en atributos identitarios como una construcción social de aclaraciones sobre quién es y qué posición ocupa una persona tanto en lo individual como en lo colectivo.

Dominelli (2008) considera importante diferenciar entre otredad, concepto que resulta de la práctica que valora la diversidad desde principios como la alteridad y la práctica a la que llamó *otrificar*, entendiéndola como el proceso de diferenciación de sí mismo con respecto a los demás, que deriva en un dualismo que define a ese sí mismo como superior y a los otros como inferiores.

En lo que concierne al *neoliberalismo*, para Baines esta corriente económica y política capitalista es un acercamiento a lo social, lo político y a la vida económica que desalienta a las personas o a los servicios públicos pero que fomenta la dependencia con el mercado privado y las habilidades individuales para cubrir las necesidades sociales. En el ámbito de la previsión social este enfoque ha tenido como resultado la reducción en la financiación de programas sociales, nuevos servicios para grupos de usuarios, lugares de trabajo con menos recursos y mayor control, control de gestiones y numerosos casos. A nivel mundial ha ocasionado el incremento de la pobreza, la disminución de la democracia y el aumento de la devastación social y ambiental (Baines, 2011, p.30), mientras que para Dominelli (2008) el *neoliberalismo* es una ideología clave para la expansión de relaciones sociales basadas en el capital. Dichas relaciones se constituyen a partir de prácticas globalizantes que generalmente caracterizan las posturas “de derecha”. Esta autora explica que desde el *neoliberalismo*, la *globalización* se enfoca en aspectos como la autosuficiencia individual,



la desregulación de los negocios, la regulación de la esfera de la vida privada de los individuos, la regulación laboral (reducción de los sindicatos y los derechos de las y los trabajadores), la internacionalización del Estado (en términos de competitividad), el uso del Estado de bienestar para la acumulación del capital (privatización) y la explotación de las crisis antrópicas y de origen natural (con propósitos de lucro).

Lena Dominelli (2008) cuando se refiere al término *globalización* la describe como un sistema sociopolítico y económico que ha profundizado las relaciones sociales capitalistas y la integración económica. Para esta autora la *globalización* ha producido un nuevo orden mundial que ha sido desfavorable para algunos, generando exclusiones sociales como: pobreza, sexismo, racismo; la primera como generador de desigualdad estructural. La globalización también ha generado asimetrías en las relaciones de poder y distribución de recursos, degradación ambiental; prioriza la tecno seguridad degradando la justicia social y los derechos humanos. Para Baines la *globalización* es un proceso de amalgamamiento entre los sistemas políticos sociales y económicos entre diferentes naciones. Este proceso tiene como beneficio promover la equidad, la participación social y la democracia. Sin embargo, a través del tiempo ha dejado al descubierto los efectos de políticas neoliberales explicados anteriormente, así como también ha causado la concentración de poder político, social y económico en manos de las grandes corporaciones y de aquellos que se benefician de la comercialización (Baines, 2011, p.31).

En cuanto a los *movimientos sociales*, este grupo de individuos y/o de organizaciones que tienen la finalidad de generar un cambio social, han sido fundamentales en la construcción de este enfoque antiopresivo, para Baines (2011) constituyen la base del trabajo social de carácter político y transformador. Para esta autora los movimientos sociales son grupos de personas que se juntan para promulgar cambios sobre problemas políticos, económicos, culturales o sociales específicos. Aunque se los crea progresivos por naturaleza, también pueden ser regresivos y trabajar para frenar o revocar reformas sociales y políticas de cambio. Los autores que aparecen en su libro, utilizan el término *movimientos sociales* para referirse a la acción colectiva de individuos que poseen una agenda de mejoras y cambios en lo que respecta a la justicia social, la igualdad y la legitimidad.



Otras categorías como, *transformación*, *despolitización*, *pluralismo*, *emancipación* y *activismo*, Donna Baines también los desarrolla a lo largo de su libro con el fin de explicar los ejes claves que sustentan, conforman y atraviesan a este enfoque.

Cuando hace alusión al concepto de *transformación*, se refiere a los modos de aliviar el dolor emocional de las personas y sus dificultades inmediatas, mientras que simultáneamente se trabaja para modificar las fuerzas mayores que generan desigualdad, ilegitimidad e injusticia social. Estas fuerzas incluyen: el racismo, el sexismo, el colonialismo, el capitalismo, el capacitismo, el edadismo y otras relaciones jerárquicas y autoritarias. Aunque con énfasis un tanto diferentes, a menudo se alude indistintamente a estas fuerzas con términos como relaciones sociales, fuerzas sociales, sistemas sociales, estructuras sociales y factores sociales. Estas relaciones sociales determinan y están determinadas por las normas, las estructuras, los sistemas, las conversaciones, las fuerzas, las reglas, las organizaciones y las prácticas sociales, políticas, económicas y culturales de nuestra vida cotidiana y de nuestras sociedades. La práctica antiopresiva y otros trabajadores sociales que se enfocan en la justicia social buscan transformar estas grandes relaciones sociales a través de prácticas directas, las cuales incorporan enfoques liberadores dentro de intervenciones e interacciones específicas, como así también mediante amplias acciones destinadas a cambios estructurales o de gran escala como lo son el activismo, la labor académica, la resistencia, la defensa, las organizaciones colectivas, las acciones colectivas y la movilización de personas, grupos y sociedades a corto o largo plazo (Baines, 2011, p.3).

En lo que respecta al concepto de *despolitización*, Baines (2011) habla de los procesos que toman a las políticas y a la conciencia política fuera de las problemáticas con el propósito de controlarlas y controlar a aquellos que buscan el cambio social. En nuestra sociedad, el acceso al poder, a los recursos y a la afirmación de las identidades se distribuyen de manera desigual en las categorías de clase, raza, género, habilidad, etc. Esta mala distribución es ferozmente defendida, legitimada y normalizada a través de prácticas sociales, culturales, políticas y económicas. En muchos casos los problemas sociales que resultan de la mala distribución son generalmente despolitizados; son vistos como fallas o deficiencias de los



individuos en lugar de lo que son: consecuencias de intentar hacer frente a situaciones difíciles generadas por la sociedad. (Baines, 2011, p.21).

En lo tocante al *pluralismo*, Baines hace mención a que la sociedad está conformada por varios grupos étnicos, políticos y religiosos, los cuales tienen acceso al poder, a los recursos y a las identidades de forma igualitaria. Es responsabilidad del gobierno adjudicar dichas demandas. Este marco ignora las diferencias que existen dentro de nuestra trama social, económica, cultural y los sistemas políticos que son formados y reproducidos por la raza, el género, la clase, la incapacidad, etc. (Baines, 2011, p.226).

Cuando se refiere a *emancipación*, Baines alude a la liberación de las restricciones opresivas y las convenciones en el caso de la práctica antiopresiva. La emancipación es pensada como un proceso mutuo en el que las personas contribuyen en su propia liberación y en la de otros (Baines, 2011, p.28).

En torno al *activismo*, Baines habla de actuar en pos de la justicia social, lo cual supone organizar, educar y movilizar personas en busca de uno o varios objetivos finales, también involucra aptitudes y conocimientos que puede ser ejercido por cualquiera (Baines, 2011, p.81).

Al final, nos pareció importante rescatar la definición que Baines da a cerca del Organismo de la Práctica Antiopresiva, sobre el cual menciona a las instituciones que dan contenido teórico-metodológico a esas prácticas y las divulgan. La autora describe que éste actúa de acuerdo con el marco teórico antiopresivo, promoviendo sus principios. Estos organismos tienen una misión orientada a la justicia social y trabajan en la erradicación de prácticas discriminatorias y opresivas, en la reflexión continua y en la evaluación de los procesos organizativos y sus resultados; en la amplia participación e inclusión dentro de la organización, en la capacidad de respuesta y reflexión de las comunidades en las que están situados, en el establecimiento de alianzas entre los diferentes grupos y también en la participación en las actividades orientadas a la justicia social “más allá de las paredes” de la agencia (Baines, 2011, p.179).

Retomando las categorías *neoliberalismo*, y *movimientos sociales*, creemos significativo mencionar la visión de una autora Latinoamérica como lo es Margarita Rozas (2017) quien



resalta que, si bien el *neoliberalismo* no tiene una relación directa con los *movimientos sociales*, se puede afirmar que generó las condiciones para el surgimiento de nuevos sujetos colectivos que ampliaron el espectro de los movimientos sociales como el sindical, el campesino, el étnico, el de género, etc. Para esta autora las políticas neoliberales se dieron de diferentes formas en cada país, con más intensidad en unos que en otros, dependiendo del grado de represión para aplicarlas y la capacidad de resistencia de los sectores populares para resistirlas. Las tensiones que existen entre el estado y la sociedad han llevado al surgimiento de diversas reivindicaciones de sectores marginalizados que se expresaron en la multiplicidad de movimientos sociales y de organizaciones territoriales. Esta autora relata que, en Argentina, existieron medidas significativas de inclusión social como la asignación universal para combatir la indigencia y la ampliación del sistema jubilatorio estatal a cerca del 90% de la población concernida, aunque falta avanzar mucho más, aclara que sería necesario realizar una reforma impositiva progresiva para mejorar la distribución de la riqueza. Además, se dictaron diversas leyes que ampliaron derechos como la del matrimonio igualitario y se restituyó el derecho laboral. Si bien todo ello parece ayudar a restituir ciudadanía, no se ha avanzado en toda la región de la misma manera; por ello, hace referencia a organismos como la CEPAL que señala nuestro continente como uno de los más desiguales del mundo. También, hace referencia a las consecuencias más graves que se han generado a nivel social, en todos los países y sobre todo en América Latina; la ampliación de las diferencias sociales y el quiebre del sistema productivo llevó a la sociedad al empobrecimiento generalizado, la inseguridad, la incertidumbre y a la desesperanza. Estos aspectos han complejizado y complejizan aún más el carácter actual de la cuestión social.



Conclusiones

Como hemos visto a lo largo de este trabajo, las prácticas antiopresivas son prácticas emancipadoras, orientadas al cambio social y a la justicia social. Estas prácticas son claves en el avance de los cambios sociales porque desafían la neutralidad de los trabajadores sociales a comparación de los tradicionalistas que se apoyan en el *statu quo* y tienen un enfoque marcadamente conservador. Las prácticas antiopresivas ofrecen una perspectiva contemporánea del trabajo social ya que, a diferencia del enfoque tradicional presente en el mundo anglosajón, estas promueven la reflexión crítica y la comprensión sobre los efectos que tiene la opresión estructural en las personas y en las familias con quienes se trabaja. Estas prácticas reconocen las divisiones sociales y las inequidades estructurales que se dan en la sociedad, las cuales generan formas de discriminación y opresión en contra de categorías sociales diversas: raza, clase, género, orientación sexual o la edad. Es por esta razón que tienen el objetivo de reducir los efectos devastadores que las diferencias estructurales generan en la vida de las personas, buscando su empoderamiento individual, familiar y social.

El enfoque antiopresivo originario y desarrollado en el mundo anglosajón está siendo introducido recientemente en la Argentina que tiene, como toda América latina, una tradición académica de matrices críticas provenientes principalmente del marxismo, de las teorías tercer mundistas y de la dependencia. Esos desarrollos críticos permean los discursos y las prácticas profesionales, sin embargo, los embates ideológicos del neoliberalismo han tenido sus efectos en instalar nuevas teorías y enfoques que de modo poco explícito, van impregnando las intervenciones sociales. Por ello es importante conocer los sustentos teóricos y metodológicos de las posiciones de resistencia y crítica que en la actualidad van surgiendo con el horizonte de la justicia social como son el enfoque antiopresivo, aquí trabajado, y el decolonial.

Trabajar con categorías sociales que refieren a sectores sociales vulnerados y estigmatizados por la sociedad tiene como fin legitimar la diversidad, de esta manera, las prácticas antiopresivas albergan una serie de enfoques emancipadores, como el feminismo o el antiracismo, que son una crítica a la forma en que la raza, la clase, el género, la



orientación sexual o la edad ejercen e influyen sobre las inequidades de poder y de privilegios que se albergan en el seno de la sociedad capitalista. Este enfoque no apunta a cualquier tipo de inequidad ni a cualquier sociedad, sino que se dirige a un sistema de relaciones discriminatorias y desiguales que la sociedad capitalista estructura en desmedro de las categorías sociales diversas.

Quiero rescatar una parte de la ponencia de Lena Dominelli (2008) donde expresa que la opresión y la discriminación promueven la injusticia, y la mejor forma de impulsar la justicia social es transformarnos en profesionales críticos, reflexivos y autocríticos, comprometidos con el cambio de las relaciones sociales desiguales a relaciones sociales más equitativas. Es por esta razón que es preciso comprender las dinámicas de la opresión, demandarlas y resistirlas; involucrarse activamente en esfuerzos y movilizaciones por la justicia social, buscar gestar alianzas por el cambio entre quienes legislan, los profesionales, los usuarios, los proveedores de servicios y la sociedad en general. Como bien resalta Baines (2011) al final de su capítulo, como trabajadores sociales si nos orientamos a la justicia social, podemos humanizarnos, humanizar nuestras prácticas de trabajo y nuestras comunidades, liberar y politizar nuestros ámbitos laborales y transformar y dignificar nuestra existencia a través de la búsqueda creativa, colectiva, en desarrollo de la paz, la igualdad y la justicia social.

Finalmente, queremos invitarlos a reflexionar sobre el llamado que Lena Dominelli nos hace como trabajadores sociales a elegir entre continuar ejerciendo prácticas opresivas o erradicarlas, porque de preferir la última opción, deberíamos hacer el trabajo de repensar las desigualdades sociales y asumir el compromiso de realizar acciones en pos de disiparlas. Para esto, debemos trabajar activamente en conjunto con otros profesionales para que estas desigualdades sistémicas en todo el orden social sean entendidas como construcciones sociales y procurar que paulatinamente desaparezcan.

El sujeto social y los problemas sociales son sin duda componentes centrales en la labor del trabajador social y nos exigen establecer discusiones permanentes frente al campo disciplinar del trabajo social, procurando tener una configuración de la intervención que trascienda la mirada conservadora y determinista de la acción por la acción. Por eso creo necesario que nos replanteemos nuestro desempeño y los aspectos propios de una profesión ligada a la intervención, y para eso necesitaremos conocer enfoques como éste que nos



brinden una nueva perspectiva que nos permita avanzar desde otro lugar y bajo otra consciencia social e individual.

Por último, y no menos importante, para Dominelli y Baines es preciso convocar a las comunidades a cuestionarse la creencia popular que sostiene a la opresión como parte inevitable de la vida y comprometernos a trabajar en torno a alternativas inspiradas en la equidad de las relaciones sociales. Nos pareció interesante destacar una frase de Alejandro Bendaña (1995) que retoma Baines en su primer capítulo del libro “Doing Anti-Oppressive practice” donde resalta que ser radical significa ser racional y directo en la búsqueda de la paz social, significa dirigirse a las raíces de un problema y no solo a sus síntomas y que en la lucha contra la injusticia no se puede ser moderado, por eso (necesitamos) un quehacer radical, en el sentido más profundo, humanista y comprometido de la palabra. Porque no nos olvidemos que la justicia social no se puede dar por hecha, se necesita trabajar día a día para conseguirla.



Referencias bibliográficas

Arbuatti, A., Giraldez, S., García Godoy, B. y Manes, R. (2013). El proceso metodológico y los modelos de intervención profesional. La impronta de su direccionalidad instrumental y su revisión conceptual actual. VII Jornadas de Jóvenes Investigadores. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Ander Egg, E. (1963). Metodología y Práctica del Desarrollo de la Comunidad. Segunda Edición (1965). Buenos Aires: Humanitas.

Aquin, N. (1999). Hacia la construcción de enfoques alternativos para el Trabajo Social en el nuevo milenio. Revista de Servicio Social. Vol.1, N° 3. Disponible en: <http://catedras.fsoc.uba.ar/elias/aquinnora2010.doc>

Aquin, N. (2008). Trabajo Social, Estado y Sociedad. El Trabajo Social y las prácticas societarias. Tomos 1 y 2. Buenos Aires. Editorial Espacio.

Baines, D. (2011). Doing Anti-Oppressive Practice: Social Practice Social Work. (pp. 1-23). Canada: Fernwood Publishing. (Julieta Inés Fava, Trans.)

Bendana, A. (1995). "A Sandinista Commemoration of the Sandino Centennial." Disponible en: hartford-hwp.com/archives/47/003.html

Beverly B. y Philomena H. (2002). Critical Practice in Social Work (2nd Edition).

Bowers, S. (1949). An Introduction to student supervision: a guide for supervisors of social casework students. Ottawa, Canada, ST. Patrick College.

Clifford, D.J. (1995) Methods in oral history and social work, Journal of the Oral History Society.

Carballeda, A. (2004). Del desorden de los cuerpos al orden de la sociedad. Buenos Aires. Editorial Espacio.

Carballeda, A. (2006): El Trabajo Social desde una mirada histórica centrada en la intervención: del orden de los cuerpos al estallido de la sociedad. Buenos Aires. Editorial Espacio.



Clemente, A. (2003). “Conflicto y sociedad. Tensiones del Trabajo Social después de los 90”. En Clemente, A. y Arias, A. (comp.) Conflicto e intervención Social. Buenos Aires: Espacio Editorial.

Dominelli, L. (1998). Anti-oppressive Practice in Context. En: Social Work: themes, issues and critical debates.

Dominelli, L. (2002). Anti-Oppressive Social Work Theory and Practice. New York. Palgrave Macmillan. (p. 208). En: **Lugo, L.** (2012) Trab. Soc., Número 14. (p. 213-215). Disponible en: <https://revistas.unal.edu.co/index.php/tsocial/article/view/37279>

Dominelli, L. (2008). Los desafíos del trabajo social en los contextos de neoliberalismo y globalización. En: Ramírez, M.H. (Comp.), La investigación y la práctica en trabajo social (pp.21-33). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas. Departamento de Trabajo Social, 2013.

Dominelli, L. (2008). La práctica antiopresiva en trabajo social. En: Ramírez, M.H. (Comp.), La investigación y la práctica en trabajo social (pp.35-50). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas. Departamento de Trabajo Social, 2013.

Elina Contreras y Marta Marenghi. (2017). Teoría social y Trabajo Social: una relación constitutiva. En: Sarmiento, Julio (coord.), Teoría social y trabajo social, aportes de los clásicos a la cuestión social (pp. 27-45). Buenos Aires, Argentina. Editorial de la Universidad de La Plata.

Gardarelli, G. y Rosenfeld, M. (1998). Las participaciones de la pobreza. Programas y proyectos sociales. Buenos Aires. Paidós.

Healy, Karen. (2001). Trabajo social: Perspectivas contemporáneas. Madrid: Ediciones Morata, S.L.

Hintze, S. (2003). “Estado y políticas públicas: acerca de la especificidad de la gestión de políticas para la economía social y solidaria”. Segundo Congreso Argentino de Administración Pública. Sociedad, Estado y Administración. Córdoba, Argentina.



Matus, T. (2018). Punto De Fuga. Imágenes dialécticas de la crítica en el Trabajo Social contemporáneo.

Oneto Piazzese, L. (2001). Dialéctica. En: Varios Autores. Perspectivas metodológicas en Trabajo Social. Buenos Aires: Editorial Espacio.

Payne, M. (2005). Modern Social Work Theory. New York: Palgrave Macmillan.

Ponce de León Romero, L. (2011). Investigación y Trabajo Social: Investigando en el pasado las claves del futuro de la profesión. En VV.AA: Trabajo Social Hoy: Nuevos contextos, nuevos compromisos, nuevos retos (pp.118-125). Madrid: Colegio Oficial de Diplomados de Trabajo Social de Madrid.

Rozas Pagaza, M. (2001) La intervención profesional en relación con la cuestión social. El caso del trabajo social. Buenos Aires: Editorial Espacio.

Rozas Pagaza, M. (2004). Tendencias teórico-epistemológicas y metodológicas en la formación profesional. XVIII Seminario Latinoamericano de Escuelas de Trabajo Social- ALAETS–Costa Rica.

Rozas Pagaza, M. (2017). Neoliberalismo, políticas sociales, movimientos sociales y trabajo social en América Latina. En: **Vidal, M. Paula.** (coord.). Las Caras Del Trabajo Social en el Mundo: Per(e)sistencias bajo el capitalismo tardío. (pp. 245-268). Santiago de Chile: RIL editores.

Svampa, M. (2005). La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo. 1° ed., 2° reimp. Buenos Aires: Editorial Taurus.

Suárez Soto y Palomar Villena, M. (1993). El cliente en el trabajo social: cuestiones conceptuales y análisis tipológico. Alternativas: Cuadernos de Trabajo Social. N. 2. (p. 103).

Vilas, C. (1997). De ambulancias, bomberos y policías: la política social del neoliberalismo.

Vílchez Pirela, R., Seña Vidal, Y., Parra Montoya, Y. (2018). Enfoques, Teorías y Perspectivas del Trabajo Social y sus Programas Académicos. Sincelejo: Editorial CECAR.



ANEXO



Traducción del capítulo 1 del libro “Doing Anti-Oppressive Practice: Social Practice Social Work” de Donna Baines

“A todos los que luchan contra la injusticia y la desigualdad en todas sus formas y en sus diversos frentes, grandes y pequeños”.

Un repaso por la práctica antiopresiva

Orígenes, teoría y conflictos

Esta introducción recorre los antecedentes históricos del trabajo social antiopresivo, la teoría en la que se basa y las continuas tensiones que existen en la teoría y en la práctica. Además, se discuten diez ideas centrales que han determinado el accionar de la práctica de la justicia social y del trabajo social.

A medida que lea esta introducción, pregúntese lo siguiente:

¿Cuáles son los orígenes de la práctica antiopresiva y de los enfoques de la justicia social?
¿cómo podemos hacer uso de estos antecedentes en la actualidad?

¿Cuáles son algunas de las diferencias entre las obras históricas y actuales sobre la práctica antiopresiva y sus precursores? ¿Cuáles son algunos de los puntos de convergencia?

¿Cuál es la diferencia entre los enfoques más tradicionales y la práctica antiopresiva?

Una estudiante indígena de trabajo social dedicó su semana a reconfortar a unos vecinos traumatizados por los conflictos ocurridos en Caledonia, Ontario. Ella pidió prórrogas para sus trabajos finales, y se preguntaba si sus profesores verían las conexiones entre la teoría antiopresiva y su participación en el activismo.

Al comienzo llena de entusiasmo, una estudiante que hacía sus prácticas en una institución de protección infantil pronto se desilusionó. Ella sentía que no hacía más que llenar formularios y completar evaluaciones computarizadas. Nunca tenía tiempo de desafiar a las prácticas antiopresivas o ni siquiera de pensar en ello. Si bien los empleados de la institución se mostraron empáticos, le hicieron saber que debía acostumbrarse a eso ya que “no hay lugar para la teoría en el mundo real”.



A una terapeuta antiopresiva que no usa el título de “trabajadora social” se le comunicó que perdería su trabajo en un centro de asesoramiento familiar por no estar registrada en el Colegio de Trabajadores Sociales. Ella proporciona principalmente sus servicios a mujeres negras muy pobres, muchas de las cuales son sobrevivientes de abusos y torturas, y se pregunta de quiénes son las necesidades que satisface el Colegio.

Caridad y ayuda social vs. transformación y justicia social

Lo mencionado anteriormente describe los conflictos de la vida real y las tensiones que los estudiantes y profesionales del trabajo social experimentan cada día en sus prácticas. A pesar de que algunos detalles fueron cambiados para proteger la confidencialidad, estas historias están basadas en hechos y personas reales. Ellas resaltan la complejidad de la

Opresión

La opresión se produce cuando una persona actúa injustamente o se promulga una ley de esta misma manera en contra de un individuo (o un grupo) por su vinculación con un grupo específico. Esto incluye privar a las personas de ganarse la vida de una manera justa, de participar en todos los aspectos de la vida social o de gozar de libertades básicas y derechos humanos. Esto también supone imponer sistemas de creencias, valores, leyes y modos de vida en otros grupos a través de medios pacíficos o violentos. La opresión puede ser externa, como en los ejemplos de arriba, o interna, cuando los grupos comienzan a creer y a actuar como si el sistema de creencias dominante, los valores y los modos de vida fueran la mejor y la única realidad. La opresión interna generalmente implica el odio a sí mismo, la autocensura, la vergüenza y el rechazo de la realidad individual o cultural.

lucha en el mundo de la práctica del trabajo social, la necesidad de modelos que promuevan la justicia social en múltiples niveles y los tipos de disputas en las cuales los trabajadores sociales se ven involucrados. El trabajo social es un terreno único en muchos aspectos, ya que contiene diferentes enfoques y filosofías en lo que respecta a la asistencia, lo que la



constituye y cómo detener o frenar los problemas sociales que generan esta necesidad. Por lo general, se cree que el trabajo social tiene como origen la beneficencia (por ejemplo, Carniol 2010, Mullaly 2002, Abramovitz 1988). Los trabajadores sociales de la era victoriana, empleados de grupos como La Organización Social de la Caridad (The Charity Organization Society), les brindaban a los pobres charlas entusiastas sobre moral e higiene y, aunque menos frecuente pero necesario, canastas de comida y cajas de ropa (Abramovitz 1988). Estas intervenciones proporcionadas por la ayuda social no fueron suficientes para terminar con la magnitud de los problemas sociales fuertemente arraigados, por lo tanto, no fueron capaces de desafiar a los sistemas que explotan a los pobres y sostienen a los ricos (Carniol 2005, Withorn 1984). Esta tradición continúa aún hoy en el trabajo social bajo la forma de intervenciones orientadas a ofrecer un nivel de subsistencia de apoyo a los clientes mientras que los sistemas sociales que generan estos problemas permanecen intactos.

Afortunadamente, también existen otros enfoques dirigidos al trabajo social basados en la justicia social. A lo largo de la historia del trabajo social, los trabajadores, los clientes y las personas en general se han preguntado “¿cuáles son las causas de los problemas sociales?” y, fundamentalmente, “¿qué podemos hacer para abordar las causas y prevenir los problemas sociales en lugar de simplemente asistir a las víctimas?”. Estas preguntas han sido centrales para el desarrollo de una línea del trabajo social nacida de movimientos sociales y destinada a transformar principalmente lo político, lo económico, lo social y los factores culturales que generan desigualdad e injusticia. Grupos como el Movimiento Obrero (Rank and File Movement), el Movimiento de los Establecimientos (Settlement House Movement) y la Liga canadiense para la Reconstrucción Social (Canadian League for Social Reconstruction) convocaron al trabajo social para asistir a aquellos necesitados mientras que simultáneamente trabajaron para la reorganización de la sociedad (Hick 2002, Withorn 1984, Reynolds 1963, 1951, 1946). En otras palabras, los métodos de trabajo social de carácter político y transformador tienen una larga historia. Dentro del área del trabajo social, la práctica orientada a la justicia social sucede de múltiples formas, como la educación y la toma de conciencia entre los clientes y los compañeros de trabajo; el avance de terapias basadas en la justicia social como la feminista y las intervenciones de las Naciones Originarias; el desarrollo comunitario y la planificación; el activismo político y la



Movimientos sociales

Los movimientos sociales constituyen la base del trabajo social de carácter político y transformador. Los movimientos sociales son personas que se juntan para promulgar cambios sobre problemas políticos, económicos, culturales o sociales específicos. Aunque se los crea progresivos por naturaleza, también pueden ser regresivos y trabajar para frenar o revocar reformas sociales y políticas de cambio. Los autores en este libro utilizan el término *movimientos sociales* para referirse a la acción colectiva de individuos que poseen una agenda de mejoras y cambios en lo que respecta a la justicia social, la igualdad y la legitimidad.

resistencia en el ámbito laboral; y una organización con una amplia base en torno a los cambios políticos, la paz mundial, la igualdad internacional y el desarrollo de sistemas sociales basados en la equidad y la justicia social. La práctica antiopresiva, que será analizada con mayor detalle más adelante en este capítulo y en los siguientes, es una de las principales formas de justicia social dirigida a la teoría y a la práctica del trabajo social actual. Es un enfoque interesante y prometedor para la complejidad de los problemas sociales de hoy, que funciona en el marco de diversas opresiones y de una fuerte necesidad de reorganización fundamental en todos los niveles de la sociedad. La práctica antiopresiva apunta a integrar la búsqueda y la lucha por el cambio social directamente dentro de la experiencia del trabajo social. Esto puede tomar la forma de nuevas prácticas, nuevos recursos y modos de comprender y de construir conocimientos y prácticas, y nuevos modos de ejercer activismo y oposición.

Más que un solo enfoque, la práctica antiopresiva es un término genérico para un número de enfoques dirigidos al trabajo social basados en la justicia social tales como el feminismo, el marxismo, el posmodernismo, el indigenismo, el posestructuralismo, el constructo crítico, el anticolonialismo, y el antirracismo. Estos enfoques se benefician del activismo social y de organizaciones colectivas, como así también de la idea de que los servicios sociales puedan y deban ser ofrecidos de modo tal que inculquen pensamientos liberadores de los problemas sociales y del comportamiento humano. Al ser parte de amplios



movimientos a favor del cambio social, la práctica social antiopresiva está constantemente redefiniendo su teoría y su práctica para responder a nuevas tensiones y a nuevos problemas sociales, como así también a factores estructurales subyacentes.

En líneas generales, los trabajadores sociales antiopresivos intentan brindar sus servicios a las personas que los buscan, pero también ayudan a los clientes, a las comunidades y a ellos mismos a entender que sus problemas están relacionados con la desigualdad social, porque son oprimidos y cómo luchar por un cambio. La práctica antiopresiva no pretende ser un modelo exclusivo y autoritario que contiene todas las respuestas a cada problema social. En cambio, conforme a su herencia emancipatoria, es un conjunto de prácticas politizadas que continuamente evolucionan para analizar y abordar desafíos y condiciones sociales que cambian constantemente.

Temas centrales

Si bien existe una serie de estructuras orientadas a la justicia social y los desacuerdos continúan en lo que respecta a la teoría, existen diez temas en común o ideas centrales que han determinado el accionar de las prácticas de primera línea con el fin de promover la justicia social en el trabajo social de todos los días.

Las relaciones sociales a gran y pequeña escala generan opresión

Las relaciones sociales son creadas por los seres humanos y generan la continua opresión de muchos grupos e individuos. Que sean creadas por las personas significa que estas relaciones opresivas pueden ser cambiadas por ellas mismas. Las relaciones sociales a gran escala son también conocidas como estructuras sociales, fuerzas sociales y procesos sociales o las denominadas poderosas fuerzas de la sociedad, como el capitalismo; los gobiernos y sus políticas económicas, sociales, financieras e internacionales; la religión y las instituciones culturales; y el mercado internacional y las entidades financieras. Las relaciones sociales a pequeña escala incluyen normas sociales, prácticas cotidianas, políticas y procesos específicos del lugar de trabajo, valores, identidades y el también llamado sentido común. El uso del término “relaciones sociales” destaca que estas relaciones son organizadas y accionadas por personas y que pueden ser suspendidas o



reorganizadas por ellas mismas. Son completamente procesos sociales, no condiciones inevitables de la vida moderna o condiciones que no podemos cambiar.

La experiencia cotidiana es determinada por múltiples opresiones

Las relaciones sociales a gran y pequeña escala determinan, perpetúan y promueven ideas sociales, valores y procesos que están opresivamente organizados en torno a las nociones de superioridad, inferioridad y varias posiciones entre estos dos polos opuestos. Estas múltiples opresiones, que abarcan género, clase, discapacidad, orientación sexual y raza, no se encuentran simplemente una al lado de la otra, raras veces se combinan o interactuando entre sí. (Collins 2000; Baines 2002; Anthias y Yuval-Davis 1992). En cambio, se superponen, compiten, socavan, o se fortalecen la una a la otra de forma que dependen de varios factores en el contexto global e inmediato.

El trabajo social es una práctica controvertida y altamente política

“Politizar” y “políticas” se refieren a la “p” minúscula de la política, las luchas de todos los días por un significado, por los recursos, por la sobrevivencia y por el bienestar. Al emplear esta definición, todo es política, a pesar de la creencia relativamente generalizada de que la mayor parte de la vida cotidiana es completamente apolítica. La “p” minúscula es diferente de la “P” mayúscula, la cual supone que la política aparece principalmente durante las elecciones, cuando los partidos y las personas se postulan para ganarse el derecho a gobernar. Desde la perspectiva política de la “P” mayúscula, solo algunas cuestiones son consideradas políticas. Por ejemplo, los problemas sociales son convencionalmente entendidos como el resultado de dificultades personales y de decisiones desacertadas en vez de la distribución desigual del poder, los recursos y la afirmación de la identidad. Las personas que apoyan una u otra postura y que quizás no necesariamente se ocupan de todo lo que implica la perspectiva política de la “P” mayúscula buscan soluciones a los problemas del sistema social existente a través de pequeños cambios por medio de la implementación de técnicas de gestión a casi todas o a todas las cuestiones sociales o mediante el incentivo a las personas a buscar intervención médica o psicológica a los problemas que experimentan.



En cambio, las personas que apoyan la perspectiva política de la “p” minúscula consideran que los problemas sociales y sus soluciones dependen de la capacidad de cada individuo para acceder al poder y a los recursos, como así también de la habilidad para usar y expandir este acceso de un modo socialmente justo y para promover la igualdad. Con el fin de determinar si tenemos poder en cualquier situación dada, podemos comenzar por preguntarnos qué nos gustaría cambiar, a quién más le gustaría este cambio y si podemos hacer que el cambio se produzca. Nuestras respuestas a estas preguntas usualmente nos muestran cuánto poder tenemos y a cuánto podemos acceder, cuáles son los recursos y las estrategias disponibles mediante las que podemos ejercer el poder, quién más tiene el poder, y cómo estas personas pueden ejercer, intercambiar, delegar y redistribuir sus poderes. Mientras intentamos establecer una conexión entre la práctica y el activismo social, es importante preguntarnos quiénes se benefician de la forma en que se realizan las cosas en un momento determinado, quién puede ayudarnos a realizar los cambios deseados, cómo podemos ayudarnos y ayudar a otros a detectar las diversas formas en las que las cuestiones son políticas y cómo las distintas esferas del poder funcionan en cualquier circunstancia dada.

Para politizar a algo o a alguien es necesario presentar la idea de que todo tiene un matiz político, lo que significa que nada es neutral y que todo implica una lucha manifiesta o encubierta por el poder, los recursos y la afirmación de la identidad. Esta lucha puede llegar a ser muy tranquila y fácil de negociar entre dos personas en una charla trivial y cotidiana, o puede llegar a salir de manera explícita a la superficie a medida que las personas desafíen el modo en que se les habla o se habla de ellos, las oportunidades que se les ofrecen o las que les han sido negadas y los modos en que pueden acceder y experimentar los aspectos positivos de la vida como lo son el empleo, las artes, la participación social, entre otros. Cuando una cuestión se politiza en lugar de ser pensada como un desafortunado problema social o una limitación personal, las personas y los grupos pueden analizar con mayor facilidad y actuar en consecuencia. La esencia del trabajo social se centra en los conflictos entre grupos sociopolíticos y las fuerzas que luchan por definir las necesidades y que buscan cómo interpretarlas y satisfacerlas. Estos grupos pueden estar conformados por comunidades, clases, culturas, grupos etarios, por un determinado sector de trabajadores o por aquellos excluidos del sistema laboral, entre otros. Estos grupos competidores



representan una amplia variedad de perspectivas políticas y estrategias de cambio. Los trabajadores sociales discrepan fuertemente sobre si apoyar el statu quo, qué perspectiva política adoptar, si las estrategias de cambio están argumentadas, y en caso de que lo estén, cuáles y en qué medida.

El trabajo social no es una profesión neutral y asistencial, sino un proceso político activo

No existe una “zona libre de política” (London-Edinburgh Weekend Return Group 1980), ni existen maneras de evitar el poder y la política en el trabajo social, especialmente cuando intentamos conocer las necesidades de nuestro cliente en el contexto de una sociedad cada vez más comercial y a favor de un mercado que apoya y se beneficia de la guerra, el colonialismo, la pobreza y la injusticia a nivel local y mundial (ver el capítulo 2 y el epílogo de Akua Benjamin). Cada acción que llevamos a cabo es política y se relaciona principalmente con el poder, los recursos, y con quiénes tienen el derecho y la oportunidad de sentirse seguros de sí mismos, de sus identidades y de sus futuros.

El trabajo social orientado a la justicia social asiste a las personas y a la vez busca transformar a la sociedad

El trabajo social orientado a la justicia social no solo pone énfasis en cambiar la vida de las personas, sino que también ayuda a cubrir sus necesidades, siempre que sea posible, de un modo participativo y transformador, y a la vez se centra en desafiar y transformar a aquellas fuerzas dentro de la sociedad que perpetúan la desigualdad y se aprovechan de la opresión.

El trabajo social necesita forjar alianzas y trabajar con proyectos y movimientos sociales

Los trabajadores sociales no pueden resolver los problemas sociales, políticos y económicos por sí solos. El trabajo social debe unirse a otros grupos para organizar y movilizar a las personas con el fin de lograr cambios transformativos a gran escala. Los movimientos sociales y las organizaciones activistas ofrecen algunas de las mejores opciones para impulsar un cambio social duradero e intentan adaptarse lo mejor posible a los valores y a la ética del trabajo social. (Ver el capítulo 6 de Baines en este libro).



El desarrollo teórico y práctico del trabajo social debe basarse en las luchas y en las necesidades de aquellos oprimidos y marginalizados

Como Bertha Reynolds (1946) señaló: “El trabajo social existe para servir a las personas necesitadas. Si atiende a otras clases que tienen otros propósitos, se convierte en una profesión deshonesto y, en consecuencia, incapaz de un desarrollo teórico o práctico”. El conocimiento y la práctica del trabajo social deberían basarse en la vida de aquellos a los que se les asiste y analizarse en relación a enfoques críticos para garantizar que lo que estamos construyendo sea un cambio duradero y no que accidentalmente reproduzca varios tipos de opresiones.

Los enfoques participativos son necesarios entre profesionales y “clientes”

Los clientes no son solo víctimas, pero pueden y necesitan ser activos en su propia liberación y en la de otros. Sus experiencias también se consideran un punto de partida clave para el desarrollo de nuevas teorías y conocimientos, como así también de estrategias políticas y de resistencia. Sus voces deben formar parte de cada programa, política, actividad de planificación y evaluación. Las formas participativas de ayuda suelen ser aquellas que ofrecen mayor dignidad y un impacto de gran alcance y más duradero (Moreau 1981; Reynolds 1963, 1946, 1951).

La práctica introspectiva y los continuos análisis sociales son componentes esenciales de la práctica antiopresiva

Los trabajadores sociales deben criticar de forma constructiva su propia participación y su vinculación en los procesos sociales (de Montigny 2005; Miehl y Moffatt 2000). Perdemos una invaluable fuente de información cuando no utilizamos nuestros conocimientos, frustraciones, decepciones y éxitos como puntos de partida para mejorar la teoría y la práctica (ver el capítulo 12 de Massaquoi y el capítulo 15 de Kumsa en este libro).

Una perspectiva de la justicia social combinada y heterodoxa proporciona una mejor capacidad para lograr una práctica del trabajo social politizada y transformadora

En vez de considerar un único modelo de justicia social como verdad absoluta, un enfoque heterodoxo que involucre e incorpore la fortaleza de distintos enfoques críticos aportará la



máxima vitalidad y el máximo potencial para ofrecer una teoría y una práctica emancipadora. Antes que encerrarse y defender una perspectiva particular, este enfoque ofrece un gran potencial para el continuo desarrollo y perfeccionamiento de la teoría y de la práctica. Los autores en este libro discuten, utilizan y clarifican un gran abanico de perspectivas que, si bien coinciden, a veces se oponen, entre ellas el feminismo, el marxismo, el posmodernismo, el indigenismo, el posestructuralismo, el constructo crítico, el anticolonialismo y el antirracismo.

Los orígenes de la práctica antiopresiva

Como se señaló anteriormente, es común pensar que el trabajo social nació como una profesión entre grupos caritativos (Carniol 2005; Mullaly 2002; Abramovitz 1988), como lo fueron las Organizaciones de Beneficencia de la era victoriana. Las intervenciones de estos primeros profesionales no resultaron suficientes para solucionar los problemas sociales, por lo tanto, no fueron capaces de desafiar a los sistemas que explotan a los pobres y sostienen a los ricos (Carniol 2010; Withorn 1984). Esta tradición continúa aún hoy en el trabajo social bajo la forma de intervenciones destinadas a proporcionar asistencia a los clientes mientras que los sistemas sociales que generan estos problemas permanecen intactos. Por ejemplo, los servicios de empleo presionan a los desempleados para aceptar cualquier puesto de trabajo independientemente de su remuneración, las condiciones laborales o si coincide con sus capacidades u objetivos de vida. En estos casos, los salarios son generalmente muy bajos para solventar los gastos de una persona, mucho menos de una familia, y por lo general los trabajos son a corto plazo, lo que rápidamente conduce a los individuos a enfrentarse nuevamente a un mercado laboral inestable. Estas soluciones no logran resolver graves problemas en una economía que no crea los suficientes puestos de trabajo para todos y que se beneficia de los sueldos bajos y de los buscadores de empleo desesperados. Este tipo de economía tampoco logra observar posibles relaciones a largo plazo entre raza, género, dis/capacidad o región y entre el acceso a mejores empleos o la exclusión sistemática de estos.

Afortunadamente, surgieron al mismo tiempo más enfoques dirigidos al trabajo social basados en la justicia social que mostraron los conflictos que sacudieron a la sociedad victoriana, como luchas concretas entre aquellos que trabajan para ganarse la vida (o que lo



harían si hubiese más oportunidades laborales) y entre aquellos que viven a costa de la riqueza producida por el trabajo de otros. Para finales de la década de 1880, los trabajadores sociales participaron y lideraron organizaciones destinadas a la justicia social como el Movimiento Obrero, el Movimiento de los Establecimientos y la Liga canadiense para la Reconstrucción Social (Hick 2002; Withorn 1984; Reynolds 1963, 1946). Una de las primeras trabajadoras sociales inclinadas a la justicia social y educadoras, Bertha Reynolds (1946, 1951, 1963), fue miembro del Movimiento Obrero, como así también una socialista y comunista activa que escribió una serie de libros esenciales que describían enfoques igualitarios sobre el trabajo social. Al igual que aquellos que adoptan hoy los enfoques antiopresivos, Reynolds y estos grupos recurrieron al trabajo social para asistir a la gente necesitada y simultáneamente para trabajar en la reorganización fundamental de la sociedad.

Aunque los trabajadores sociales orientados a la justicia social continuaron desarrollando sus conocimientos prácticos, las publicaciones académicas eran bastante limitadas antes de la década de 1970. Durante este tiempo, las obras inglesas tales como *Radical Social Work* (Bailey y Brake 1975), *Radical Social Work and Practice* (Brake y Bailey 1980) y *Social Work Practice under Capitalism: A Marxist Approach* (Corrigan y Leonard 1978) fueron basadas en modelos marxistas de la lucha de clases, mientras la versión del radicalismo está reflejada en *The Politics of Social Services* (Galper 1975). Las obras que surgieron a fines y a mediados de la década de 1980 reflejaron la ampliación del análisis de clases para incluir a otros factores fundamentales de opresión, particularmente de raza y de género, como queda demostrado en *Feminist Social Work* (Dominelli y MacLeod 1989; ver también *Anti-racist Social Work* de Dominelli 1988 y *Serving the People: Social Service and Social Change* de Withorn 1984, en Estados Unidos). Un número de importantes escritos feministas sobre el trabajo social surgieron durante la década de 1980 y 1990 como *Gender Reclaimed: Women in Social Work* (Marchant y Wearing 1986); *Social Change and Social Welfare Practice* (Petruchenia y Torpe 1990) en Australia; y *Social Work and the Women's Movement* (Gilroy 1990) y *The Personal is Political: Feminism and the Helping Professions* (Levine 1982) en Canadá. En Canadá, las primeras versiones de un análisis sobre múltiples opresiones surgieron como un “trabajo social estructural” e hicieron hincapié en el modo en el que los problemas cotidianos son sociales por naturaleza, es



decir, están conformados por estructuras sociales y relaciones que interactúan con los individuos, sus personalidades, sus familias y sus comunidades, las cuales también son sociales por naturaleza. Estas estructuras sociales incluyen al patriarcado, al racismo, al capitalismo, al heterosexismo, al edadismo y al capacitismo. El enfoque estructural es representado por el trabajo de Moreau (1993, 1981, 1979) y Mullaly (1993). En su clásico sobre el trabajo social, *Case Critical*, Carniol (1987; ahora en su sexta edición) analiza asimismo la práctica del trabajo social desde una perspectiva estructural. Fook (1993) y Rees(1992) se basaron en el trabajo social orientado a la justicia social para enmarcar un trabajo similar en Australia. Hacia mediados y fines de la década de 1990, gran parte de los enfoques de voz y opresión múltiples habían recurrido al posmodernismo y al posestructuralismo, como se ha visto en obras de Pease y Fook (1999), Leonard (1997) y la colección canadiense de Chambon e Irving (1994). En la década de 1990 y hacia el comienzo del nuevo milenio, las obras basadas en la justicia social cambiaron al trabajo social antiopresivo o crítico. Esto permitió combinar las teorías del posmodernismo crítico y de la interseccionalidad en el análisis de las clases. (Mullaly 2002, 2007; Allan, Pease y Briskman 2003; Lundy 2004; Dominelli 2004; Carniol 2010; Hick, Fook y Pozzuto 2005). Aunque esta combinación de teorías no es tan sencilla y numerosos debates continúan, todo esto ha producido nuevas generaciones de profesionales y académicos que defienden a la justicia social (para resúmenes y análisis detallados sobre estas perspectivas teóricas y debates, consultar McDonald, 2006; Dominelli 2004, 2002; Allan, Pease y Briskman 2003; Fook 2002; Pease y Fook 1999). El posmodernismo y el posestructuralismo ofrecieron modos de interpretar las múltiples opresiones como la identidad, la ubicación social, la voz, la diversidad, los límites, el antiesencialismo, la inclusión, la exclusión y la discordancia, mientras que simultáneamente hacían hincapié en la importancia de la experiencia cotidiana (las definiciones de muchos de estos términos están incluidas en varios de los capítulos, como así también están mencionadas en el índice al final del libro). Algunos sostienen que los conceptos del posmodernismo y del posestructuralismo representan un quiebre decisivo con teorías clásicas como lo son el feminismo, el marxismo, el antimperialismo y el antirracismo. Por ejemplo, las teorías clásicas contienen una clara percepción sobre quiénes son los oprimidos y quiénes son los grupos opresores en la sociedad mientras que el posmodernismo desafía a la idea de opresión, quiénes son oprimidos y los diferentes modos



en los que se puede o no mantener y reproducir la opresión. Otros sostienen que los conceptos posmodernistas son continuaciones de temas abordados por modelos anteriores y aportan una útil complejidad a los debates que se han propagado a través de los años. Por ejemplo, algunos argumentan que las teorías anteriores no han logrado discutir las opresiones superpuestas, las discordancias, la diversidad o la identidad. Sin embargo, a comienzos de la década de 1980 Heidi Hartman (1981) y otros trabajaron desde una perspectiva marxista-feminista o socialista-feminista y elaboraron una serie de artículos fundamentales que investigan las opresiones superpuestas. Así mismo, las feministas negras tales como Angela Davis (1981) y Patricia Hill Collins (1986, 1989, 1990) ya estaban abordando temas como clase, raza, y género antes de que los posmodernistas promovieran la noción de identidades múltiples. Los primeros ejes centrales para la teorización que utilizaron las feministas como Dorothy Smith y otras (1987; Smith y David 1975; con Burstyn 1985) fueron el contexto y la práctica cotidiana, no el dominio exclusivo del posmodernismo y del posestructuralismo. Si bien existen verdaderas diferencias (ver, por ejemplo, las discusiones en Pease y Fook 1999 o en Hick, Fook y Puzzuto 2005), semejanzas importantes predominan en el trabajo de la mayoría de los académicos antiopresivos. Por ejemplo, las viejas y las nuevas estructuras estudian al individuo y al lugar que este ocupa en el mundo, y reconocen que la identidad de una persona está determinada por su clase, raza, género, etc., lo que en pocas palabras significa que todos tenemos múltiples identidades construidas socialmente. Las estructuras viejas y las nuevas también reconocen que los modos en los que interpretamos nuestras identidades y experiencias son igualmente formados y determinados por nuestra clase, raza, género, etc.

Si bien existen verdaderas diferencias (ver, por ejemplo, las discusiones en Pease y Fook 1999 o en Hick, Fook y Puzzuto 2005), semejanzas importantes predominan en el trabajo de la mayoría de los académicos antiopresivos. Por ejemplo, las viejas perspectivas como lo son el marxismo y el feminismo, y las más recientes instituciones teóricas como lo son el posmodernismo crítico y el posestructuralismo están a favor de un continuo perfeccionamiento de la teoría en respuesta al cambio en las condiciones sociales; las distintas versiones de cada una de las teorías han tenido dificultades con la complejidad de diversos ejes de opresión y todas se interesan en el poder. Como Steve Hick y Richard Puzzuto (2005) señalaron, la combinación entre el posmodernismo y las teorías críticas es



debatida en muchas áreas, no puede ser estrictamente definida y es un aspecto necesario para teorizar sobre el mundo actual del trabajo social.

No es solo la progresión teórica la que sustenta al desarrollo de la práctica antiopresiva. El capitalismo, el neoliberalismo y el gerencialismo global crean entornos de práctica en donde los trabajadores sociales se enfrentan a nuevos desafíos y problemas. Para abordar estos desafíos, los trabajadores sociales antiopresivos se hacen muchas preguntas, algunas de ellas similares a las que fueron formuladas anteriormente por otros trabajadores, las cuales incluyen:

¿Cómo proporcionamos recursos a los sectores explotados y cómo podemos solidarizarnos con ellos?

¿Cómo fomentamos el liderazgo local y apoyamos las iniciativas de justicia social?

¿De qué manera influye un ambiente alienante y estéril en nosotros mismos y en nuestros análisis?

En los nuevos contextos de práctica, los profesionales del trabajo social también se encuentran haciéndose preguntas como:

¿Cómo entendemos y trabajamos a través de diferencias múltiples y entrecruzadas (opresiones entrecruzadas y entrelazadas; ver Hulko 2010, Baines 2002)?

Al construir análisis opuestos y resistencia, ¿cómo utilizamos las voces de las personas marginalizadas y sus conocimientos cotidianos? y ¿cómo podemos sacar provecho del conocimiento práctico, las investigaciones y la teoría?

¿Cómo las estrategias de resistencia pueden promover un claro programa político de cambio al tiempo que permanecen abiertas, flexibles e integradoras (lo que significa abarcar las certezas y las incertidumbres; ver Adams, Dominelli y Payne 2009; Stepney 2009; Mullaly 2007)?

Al intentar comprometerse con estas y otras preguntas, los recientes escritos sobre la práctica antiopresiva reflejan una nueva fase en su historia. Más que basarse e inspirarse en sus vínculos con otros tipos de trabajo social, como lo son el feminista o el estructural, la práctica antiopresiva está tan instaurada que muchos de los escritos se centran en llevarla a



nuevas áreas de práctica, analizar los cambios de contexto, y ampliar y redefinir la teoría. Una de las tareas más desafiantes es el traslado de la teoría a la práctica, y afortunadamente hay una gran cantidad de nuevos escritos en esta área. Dado que gran parte de la práctica del trabajo social es propia del área en la que opera, resumir estos cambios es difícil. Sin embargo, en términos generales, esta obra resalta las fortalezas de los clientes mientras que permanece plenamente consciente de los modos en que sus experiencias y cambios de vida han sido limitados y formados por grandes y desiguales fuerzas sociales. Al abordar los asuntos de los usuarios de los servicios de la manera más respetuosa y firme posible, vincula a los problemas particulares y a las personas con otras que están en la misma situación, de esta manera se generan vínculos a través del dolor, de las desigualdades políticas, de las políticas sociales y de las fuerzas económicas. En cuanto a los nuevos escritos sobre la práctica antiopresiva: Carniol y Del Valle (2007) facilitan conocimientos prácticos sobre la práctica antiopresiva con mujeres inmigrantes; Danso (2009) hace lo mismo con los inmigrantes que si bien están cualificados, son desvalorizados; Fish (2008) proporciona un fundamento teórico sobre la práctica antiopresiva con lesbianas, gays y bisexuales; Pollack (2010, 2004) profundiza en la práctica antiopresiva con mujeres en prisión; Parrott (2009) amplía conocimientos sobre la práctica antiopresiva en el contexto de la diversidad cultural; MacDonald (2008) discute la práctica antiopresiva con personas que sufren dolor crónico y padecen alguna discapacidad; Brown y Augusta-Scott (2006) se involucran críticamente con la terapia narrativa para generar mejores resultados en los clientes; Aronson y Smith (2009) estudian la resistencia entre gerentes y supervisores que se basan en la justicia social; y Todd y Coholic (2007) analizan los desafíos de enseñar la práctica antiopresiva a estudiantes distintos y resistentes, inclusive los cristianos fundamentalistas.

El impacto de los nuevos modelos de gestión mundial y de los actuales marcos de la política social también han sido analizados desde la perspectiva de la práctica antiopresiva, lo que ha ayudado a los profesionales a entender e implementar medidas innovadoras ante una mayor integración de prácticas de trabajo y ante las formas de organización neoliberales. Como se discutió en el capítulo 1, el neoliberalismo es un sistema mundial que enfatiza la responsabilidad individual y la compra privada de servicios más que la corresponsabilidad social y los servicios públicos. Estas filosofías se presentan en el ámbito



laboral como prácticas de trabajo estandarizadas y enajenantes como la Nueva Gestión Pública (NGP) y otros modelos de gestión de rendimiento o como los también llamados enfoques científicos como la práctica basada en la evidencia que ofrece soluciones estrictas para la práctica del trabajo social al sustituir el criterio de los trabajadores por cantidades y tipos de intervenciones asignadas con anterioridad (ver el capítulo de Bates en este libro). Tras analizar y teorizar la operación y los impactos del gerencialismo, como así también las reformas políticas y de financiación específicas, Garrett (2009, 2008) escribe convencido sobre la reestructuración de la protección del niño en Irlanda y el Reino Unido; Baines (2010a, 2010b) ofrece un análisis de cambios similares en el ámbito del servicio social sin ánimo de lucro; Carey (2009b, 2007, 2006) discute el proceso de cambio laboral para los trabajadores sociales del sector público bajo políticas que reclaman desafiar a la exclusión social pero que aparentemente solo la perpetúan; y McDonald (2006) analiza el contexto y los futuros posibles del trabajo social en un entorno de restricciones, un gran énfasis en la autorregulación, el profesionalismo individualizado y competitivo y la Nueva Gestión Pública (NGP).

En conclusión, numerosos autores se han dedicado al perfeccionamiento de la teoría sobre la práctica orientada a la justicia social, y gran parte de esta obra se centra en preguntas específicas y delicadas que continuamente surgen en el trabajo social orientado a la liberación. Muchos de estos interrogantes giran en torno al problema del poder, qué es, cómo y cuándo es usado y cuáles son las formas más justas y equitativas de concebir y utilizar el poder en la sociedad y en el trabajo social. Algunas de las discusiones importantes incluyen a Adams, Dominelli y Payne (2009) sobre la complejidad y la incertidumbre; Gilbert y Powell (2010) sobre el conocimiento y el poder, Mullaly (2007) sobre la opresión, Tew (2006) sobre el poder y la falta de poder; y Sakamoto y Pitner (2005) sobre la conciencia crítica.

Contradicciones y diferencias constantes

No existe una forma exacta y directa de aplicar la teoría a la práctica, y en el mundo de la práctica antiopresiva, el cual cambia rápidamente y está atravesado por múltiples niveles, sucede lo mismo. En lo que respecta a la práctica de primera línea, una combinación de teorías y prácticas generalmente funciona bastante bien, ya que abre y presenta



posibilidades para nuevos modos de entender y de actuar sobre los problemas sociales y mantiene a las teorías en constante crecimiento, expansión, o innovación y fluidez. A nivel teórico esta amalgama no es siempre tan afortunada (Tester 2003; Rossiter 1996). Existen muchas tensiones.

Epistemología

Al tratarse de un término general y heterodoxo, la práctica antiopresiva toma prestados elementos de varias teorías mencionadas anteriormente en este capítulo. Cada una de estas teorías tiene un poco de diferentes bases epistemológicas sobre las que puede afirmar que sus conocimientos son fiables, o en términos más simples, puede alegar lo que sabe. El trabajo social estructural, feminista, antirracista y marxista inspirado en las epistemologías (modernistas) resalta la existencia de estructuras sociales que dan forma a la experiencia cotidiana, pero que no la determinan. Estas estructuras, incluso algo tan aparentemente concreto como el mercado privado, son una serie de relaciones sociales que han sido construidas y que pueden ser desmontadas y reconstruidas por el ser humano.

Los conocimientos y los proyectos morales o normativos contienen un contrapeso o un principio central que ayuda a distinguir lo mejor de lo peor o lo que está bien de lo que está mal. Las teorías estructuralistas, feministas, antirracistas y marxistas reconocen principalmente a un grupo o a grupos de oprimidos (por ejemplo, las mujeres, los grupos racializados, la clase obrera y los pobres) que reclaman la liberación a través de una reorganización fundamental de relaciones sociales como lo son las estructuras sociales. Este principio central proporciona el proyecto político y moral de cada una de las teorías o los modos de distinguir lo que es correcto de lo que es incorrecto y cómo proceder con la práctica liberadora. En términos generales, este principio central ofrece una guía moral para aquellos que utilizan estas teorías y un conjunto de acciones o valores que necesitan ser perseguidos con el objetivo de crear una forma más ética y justa de estar en el mundo.

En cambio, el posmodernismo es una teoría epistemológica acerca de cómo aprender y cómo el lenguaje y el discurso ejercen el poder, a diferencia de como señaló Fook (2002), quien sostiene que se trata de una teoría moral para la acción política. En otras palabras, el posmodernismo no tiene un proyecto moral o un grupo de personas que intenta liberar. En cambio, es una propuesta que apunta a obtener una mayor comprensión sobre el



conocimiento en sí y sobre cómo el poder opera a través de las palabras que utilizamos y sobre el modo en que el lenguaje es usado en la práctica profesional y técnica para definir los problemas y en el proceso limitar maneras más complejas y dinámicas de entender y actuar en consecuencia. Con el fin de evitar la construcción de discursos opresivos, el posmodernismo evita proyectos éticos y se inclina por desmontar y mostrar la operación de usos opresivos del lenguaje y del conocimiento, en lugar de establecer un plan de acción destinado a la liberación. Mullaly (2007) argumenta que a pesar del desacuerdo epistemológico entre estos enfoques sobre qué es el conocimiento y para qué sirve, el posmodernismo crítico, el marxismo, el feminismo y otros enfoques orientados a la justicia social pueden ser movilizados conjuntamente para desarrollar la teoría social y abordar los problemas sociales.

Epistemología

La epistemología es la teoría o el estudio del conocimiento. Se hace preguntas como qué es y qué no es el conocimiento, cómo sabemos lo que sabemos, cómo es el conocimiento adquirido y, de acuerdo con las respuestas a las primeras tres preguntas, ¿qué es lo que las personas realmente saben? La epistemología es importante para evaluar si nuestras afirmaciones acerca de un tema son válidas y también se trata de algo en lo que sentimos que podemos establecer acciones e intervenciones.

Stepney (2009) es menos optimista acerca de este proyecto de fusión y señala que las ontologías que cimentan cada marco teórico son muy diferentes y en gran medida incompatibles. Tanto Stepney como otros (Pease 2007; Fook 2002) han desarrollado una perspectiva conocida como realismo crítico dentro del trabajo social, la cual abarca al marxismo, al feminismo y al reconocimiento antirracista de la existencia y del impacto de las estructuras sociales (y por lo tanto su proyecto moral y la capacidad de distinguir las mejores prácticas y los mejores procesos de los que no lo son), así como también a la respuesta del posmodernismo ante la construcción social del conocimiento y de las “múltiples realidades de la experiencia subjetiva” (la idea de que todo conocimiento es



Ontología

La ontología es el estudio del ser, de la existencia o de la realidad. Nuestro sentido de la realidad determina nuestras formas de entender y actuar en el mundo. Algunas teorías del trabajo social como el marxismo, el feminismo y la mayor parte de la práctica antiopresiva creen que existe un mundo real que podemos cambiar de formas positivas. Otras teorías, como algunas versiones del construccionismo social, el posmodernismo y el posestructuralismo son ambivalentes sobre si se puede establecer un cambio positivo y cómo. Según estas teorías, dado que solo podemos utilizar sistemas y discursos existentes para construir nuevos, hay pocas posibilidades de crear relaciones sociales libres de discursos opresivos y construcciones sociales.

creado socialmente, es decir, por las personas, para servir un determinado propósito o propósitos, y el reconocimiento de varias perspectivas sociales e individuales y de los intereses que constituyen la experiencia individual y social). Esto se logra sin el “abismo del relativismo” que acompaña a los proyectos que carecen de bases normativas o morales (Stepney 2009: 18). (Como ya se señaló, al no tener un proyecto moral o un grupo para liberar, el posmodernismo y el posestructuralismo tienden a ver a todos los problemas y a todos los puntos de vista como válidos y a cada solución tan efectiva como la siguiente, lo que hace prácticamente inviable el desarrollo de estrategias e intervenciones relacionadas con la justicia social). A través de las ventajas que ofrecen el estructuralismo y el posmodernismo crítico, Stepney discute que el realismo crítico brinda una base viable para el trabajo social orientado a la justicia social.

En lo que respecta a la práctica cotidiana, es poco probable que los críticos realistas hagan cosas distintas de los profesionales antiopresivos, y al utilizar sus propios argumentos parecería que la globalización y el gerencialismo son obstáculos más posibles para la práctica liberadora de lo que lo son las pequeñas diferencias ontológicas entre el posmodernismo y las teorías críticas más estructuralistas. El intenso debate que el realismo crítico ha introducido en el trabajo social ayuda a ampliar y a perfeccionar tanto la teoría



como la práctica, y es una grata incorporación dentro de las múltiples perspectivas que transmiten los enfoques orientados a la justicia social. En resumen, la práctica antiopresiva y el realismo crítico parecen tratar las mismas cuestiones y pueden aprovechar positivamente sus contribuciones.

Ninguna de las diferencias discutidas anteriormente es exclusiva de la práctica antiopresiva o particularmente nueva para las luchas por la justicia social. Las diferencias son parte del escenario cuando hay mucho en juego, como lo es en el caso de la práctica del trabajo social. Afortunadamente, no es necesario que exista un acuerdo absoluto entre la teoría y la práctica para avanzar hacia los objetivos de la justicia social (Mullaly 2001, 2007). De

Construcción social

La teoría de la construcción social afirma que todo conocimiento, dentro del cual se encuentra el sentido común, y todos los conceptos como el de opresión y el de cambio social son socialmente contruidos por los seres humanos y se basa en los conceptos sociales compartidos, a pesar de que estos cambian con frecuencia. Los construccionistas sociales críticos creen que existe una realidad sobre la que podemos actuar mientras que los construccionistas sociales puros sostienen que el concepto de la realidad es una convención social construida.

hecho, los tipos de conflictos mencionados arriba se resuelven de mejor manera en la práctica de primera línea y dentro de la lucha por la justicia social, cuando los movimientos sociales y los grupos marginalizados actúan como árbitros decisivos de las fortalezas y las debilidades de cualquier enfoque.

El Estado

Mullaly (2007: 25) señala que, a fin de tratar la actual crisis mundial, los trabajadores sociales necesitan entender al Estado (el gobierno elegido, la administración pública, el aparato político, los servicios financiados, etc.) y a la relación del trabajo social para con él, lo que significa que el trabajo social precisa teorizar su conexión y funcionamiento dentro



del Estado, en su contra y a favor de él. Muchos trabajadores sociales son contratados directamente por los Gobiernos (como los trabajadores de bienestar, los servicios de compensación a trabajadores, los servicios de empleo, las viviendas, las juntas escolares, los analistas de política, etc.). Una gran parte también trabaja en servicios contratados y financiados por el Gobierno como la atención sanitaria y la protección infantil. Un tercer grupo muy grande trabaja en el sector no lucrativo o del voluntariado, el cual recibe gran parte de sus fondos del Gobierno y debe, por lo tanto, cumplir con las normas de información requeridas por éste (como lo son las medidas de resultado y de ejecución), con las normas de acreditación (cuántos empleados necesitan acreditación profesional, qué tipos de credenciales, etc.) y con otros requisitos del contrato. Los trabajadores sociales trabajan en el gran aparato estatal e implícitamente trabajan para él, muchos también redactan informes para persuadir al Gobierno, preparan análisis de políticas, organizan grupos activistas y protestan en contra del Estado, mientras que otros se manifiestan a favor de las políticas públicas y de sus lineamientos. Sin duda, los trabajadores sociales desempeñan simultáneamente más de una de estas funciones, o incluso todas: son contratados por un sector del Estado, protestan en contra de reducciones y se movilizan en defensa de los políticos que intentan marcar la diferencia. Esto hace que, para los trabajadores sociales, el Estado se convierta en un conjunto de relaciones complejas pero importantes para entender y sobre las cuales teorizar.

La mayoría de las personas consideran al Estado como una rama del Gobierno que elabora políticas y proyectos de maneras más o menos neutrales, y que intenta reflejar los intereses de muchos grupos que conforman a la sociedad. Un análisis más estructural alega que el Gobierno y el Estado reflejan y amplían los intereses de los grupos dominantes al tiempo que intentan parecer neutrales e imparciales. Por ejemplo, los Gobiernos aseveran que los recortes fiscales benefician a todos, aunque tienden a beneficiar mucho más a los ricos. También, al reducir el monto de impuestos destinados a las arcas gubernamentales, los recortes disminuyen la cantidad de dinero disponible para destinar a programas sociales que apuntan a reducir la desigualdad y la pobreza, por lo tanto, estos programas quedan en un segundo plano para el Gobierno y para las prioridades sociales.



Dado su reclamo sobre que el poder es difuso (lo que significa que el poder no opera en contra de las personas, sino simultáneamente a través de ellas, en su contra, a favor de ellas y junto con ellas, como así también otras posibles variaciones), los posmodernistas y los posestructuralistas no han desarrollado una teoría detallada del propio Estado ni tienden a considerar que este desempeñe un papel decisivo o fundamental en la vida social. En cambio, varias formas de poder (discursos o debates/discusiones acerca de cuestiones sociales, organismos profesionales de conocimiento y de práctica y el lenguaje mismo) funcionan a través de los individuos como los trabajadores sociales, quienes trabajan desde adentro del Estado, en contra y a favor de él. Este pensamiento tan poco definido nos recuerda que el poder es complejo y contradictorio, pero también dificulta la acción o el desarrollo de estrategias para la justicia social: si el poder oprime y simultáneamente se resiste a la opresión, probablemente a uno le sea difícil creer que cualquier esfuerzo o estrategia para el cambio social ayudará más de lo que perjudica, y que estos tipos de cambios sociales mejorarán las cosas en lugar de recrear las injusticias que ya existen bajo nuevas formas. Esto significa que al frente de la práctica, o cuando los trabajadores sociales intentan desarrollar nuevas políticas y programas sociales, es imposible saber con certeza si las nuevas estrategias empoderarán o liberarán a las personas, y cuando la implementación de dichas estrategias conduzca solo al statu quo, o cuando empeoren más las cosas, las esperanzas de mejoramiento disminuirán. Estas cuestiones resultan especialmente graves en discusiones en torno a si el Estado, el cual contrata o financia la mayor parte de los servicios de asistencia social que brindan los trabajadores sociales en la mayoría de los países industrializados, ayuda a sus ciudadanos, refleja los intereses de los grupos dominantes o simplemente reproduce desigualdades/resistencia en un círculo inacabable.

En cambio, los enfoques más estructuralistas sobre el poder (el marxismo, el feminismo y el antirracismo) afirman que este es un medio que los individuos y las instituciones pueden utilizar para promover sus propios intereses y los de otros. Estos intereses pueden ser opresivos, productivos o ambos. Dentro de un análisis marxista, feminista o estructuralista, el Estado es visto como un conjunto de procesos que puede atender a los intereses de la clase oprimida e incluso eliminar la causa de su maltrato. Esto no significa que el Estado siempre o casi siempre promueva la justicia social a través de sus políticas, porque al mismo tiempo que puede reducir la opresión, el Estado puede y frecuentemente sostiene y



amplía las relaciones opresivas reflejando los intereses de los grupos socioeconómicos dominantes (London-Edinburgh Weekend Return Group 1980). Por ejemplo, programas estatales importantes como el de ayuda social en Canadá parecen asistir a aquellos que reciben pagos, pero un conjunto cada vez mayor de pruebas sugiere que el estigma extremadamente negativo vinculado a estos programas y su escasa tasa de subsistencia aseguran la existencia de personas desesperadas obligadas a tomar cualquier trabajo independientemente de la paga, la permanencia, la seguridad laboral, etc. (Lightman, Herd, y Mitchell 2010; 2009). En resumen, en lugar de abordar la pobreza causada por un sistema cuyo motor es el afán de lucro y que debe disponer de un colectivo de trabajadores de bajo coste, la mayoría de los programas de ayuda social del Estado cubre las necesidades del sector empresarial asegurando una inagotable fuente de mano de obra barata.

En lugar de ser neutral, el Estado refleja un equilibrio inestable de luchas entre aquellos que se benefician de la desigualdad y aquellos que pelean por erradicarla o reducirla (Wetherly 2008; Sassen 2003; Panitch y Leys 1999). El Estado también manifiesta las consecuencias deseadas y no deseadas de las políticas desarrolladas en respuesta a las antes mencionadas luchas, como así también las prioridades personales de los políticos influyentes, los funcionarios públicos y los intelectuales (Wetherly 2008). Esta formulación dinámica pero arraigada sobre el Estado les permite a los trabajadores sociales antiopresivos ser conscientes de que, al estar empleados dentro de un gran Estado o de sistemas financiados por este, con frecuencia legalizan, perpetúan y se benefician de la continua injusticia sin saberlo. Por otra parte, a pesar de que forman parte de la maquinaria estatal (lo cual significa que el Estado le proporciona fondos a gran parte de los servicios sociales y le da instrucciones a algunos de sus sectores), los trabajadores sociales trabajan dentro de complejos conjuntos de políticas que reflejan no solo los intereses de los grupos dominantes sino también de aquellos cuyas fuerzas progresistas han estado dispuestas a vigilar. Como se ha señalado anteriormente, los trabajadores sociales a menudo desafían a estas políticas o se manifiestan en su contra al mismo tiempo que trabajan para el Estado ofreciendo sus servicios a los más necesitados. Muchos trabajadores sociales que persiguen la justicia social también generan nuevos servicios y modos de entender los problemas sociales que pueden funcionar por fuera del Gobierno, o con prudencia recurren al financiamiento gubernamental, pero a la vez son conscientes de las diferentes formas en



que dicho financiamiento puede comprometer a los servicios (o mejorarlos). Los trabajadores sociales de todas las tendencias políticas también participan en las elecciones y en el desarrollo de nuevas políticas.

La mayoría de los enfoques estructuralistas (el marxismo, el feminismo, el antirracismo, etc.) sostienen que el Estado refleja los intereses de los grupos dominantes, lo que lo convierte en una fuerza patriarcal, racializada y clasista en la sociedad. Sin embargo, esta aseveración sugiere que se puede hacer poco para cambiar al Estado, que nuestro único recurso es tomarlo. La noción del Estado en constante cambio y con un equilibrio inestable de luchas y contra luchas permite a los trabajadores sociales antiopresivos reconocer que existen espacios en esta inestabilidad en donde pueden resistir a la opresión y construir nuevas prácticas, relaciones y espacios solidarios con otros que hacen lo mismo. De hecho, muchos de los servicios sociales más avanzados, innovadores y politizados se adhieren cuidadosamente a los requisitos de acreditación y documentación de los financiadores del Estado, mientras que al mismo tiempo revocan los límites que representan la forma de relacionarse con los grupos de clientes altamente marginados, los acerca para recibir y participar en los servicios, integran sus opiniones en los modelos prácticos dentro de los enfoques principales y construyen nuevas formas de relaciones y estructuras sociales en el proceso de desarrollo, prestación y evaluación de servicios.

Hace unos años, uno de mis estudiantes participó en la creación de una organización antirracista y feminista que atendía a las necesidades de las mujeres inmigrantes recién llegadas que eran víctimas de actos de violencia infligidos por un hombre, usualmente su patrocinador de la inmigración. La organización desarrollaba cuidadosa y consideradamente modos de trabajar y de organizar los servicios con el fin de acercar a la comunidad, compartir conocimientos, desafiar al racismo y al sexismo, y ofrecer servicios que respetasen tanto a los usuarios como a los proveedores. A pesar de que el financiamiento fue difícil de conseguir y que los requisitos de información de los financiadores del Estado eran exigentes, la organización continuó funcionando de manera diferente a otros organismos más jerárquicos y agencias burocráticas; y continuó trabajando para defender sus métodos y prácticas de prestación de servicios más politizadas y



liberadoras, aduciendo que estos enfoques proporcionarían a los usuarios un equipo de trabajo respetuoso y comprometido y un ambiente laboral constructivo y gratificante.

Gestión y supervisión del trabajo social

Las cuestiones de gestión y de supervisión no se encuentran muy bien desarrolladas en las publicaciones actuales sobre el trabajo social aplicado a la justicia social. La supervisión del trabajo social de primera línea solía estar caracterizada por el aprendizaje y el progreso e incluía prácticas como la asistencia, la resolución de problemas, el intercambio de ideas y la evaluación caso por caso. Liz Beddoe (2010: 1280) sostiene que existe una presión cada vez mayor bajo el gerencialismo para utilizar a la supervisión como una oportunidad para controlar excesivamente a los profesionales y a sus “resultados finales” a fin de reducir el riesgo para la organización y trasladar la responsabilidad de posibles problemas al personal con más pericia. Beddoe también observa que este cambio en las prácticas de supervisión es una característica de la “sociedad de riesgo” que promueve una mayor supervisión de muchos grupos y prácticas, entre ellas las profesionales, no para consolidar los mandatos de la justicia social, pero sí para ejercer un mayor control de la práctica (reduciendo la discreción profesional y la normalización) y para reducir costos. Teniendo en cuenta este contexto, es de esperarse que muchos trabajadores sociales especializados en la justicia social eviten tener cargos directivos ya que asumen que estos representan una forma opresiva de poder. Esto significa que estos puestos y estas capacidades por lo general terminan en manos de los trabajadores más conservadores. Los trabajadores sociales necesitan rehacer y re teorizar este nivel de la práctica mediante la incorporación de valores y conocimientos politizados y transformativos. En definitiva, estos puestos deben ser ocupados por trabajadores sociales críticos y activistas. Dada la actual popularidad de los modelos de administración empresarial, el trabajo social antiopresivo necesita examinar seriamente las prácticas administrativas y promover modelos alternativos que compartan poder dentro del área laboral, aprovechar el conocimiento especializado de los profesionales y de los usuarios de los servicios, ofrecer al mismo tiempo liderazgo, protección y apoyo a los empleados, a los usuarios de los servicios y a la comunidad en general y participar en campañas organizadas por distintos grupos activistas en conjunto para defender y expandir los derechos humanos y los programas sociales (ver Aronson y



Smith 2009 como ejemplo de esto). Como explica Healy (2002), a pesar de que las tensiones entre los mandatos de la justicia social y las nuevas técnicas de gestión han crecido, aún existen oportunidades para las prácticas liberadoras.

Conocimiento indígena: práctica y teoría

El conocimiento y la práctica indígena tienen como objetivo subsanar las deficiencias en la práctica antiopresiva. Como país “poscolonial”, la parte no indígena de Canadá tiene una relación opresiva con los nativos cuando se trata de políticas y prácticas del día a día (Brant 1990; Morrissette et al. 1993; Navigon y Mawhiney 1996; Duran et al. 1998). El trabajo social que realizan las Naciones Originarias de Canadá se centra en los desafíos a los que los nativos deben enfrentarse y, para lograrlo, recurre a las tradiciones y a los conocimientos de estos, según se explica en el capítulo de Bonnie Freeman en este libro. ¿Cuáles son y cuáles deberían ser las conexiones entre la práctica del trabajo social antiopresivo y la práctica del trabajo social indígena?, ¿cuáles son las similitudes y las diferencias?, ¿qué papel debería desempeñar el conocimiento de las Naciones Originarias en la teoría y en la práctica antiopresiva, y viceversa? Actualmente, ambas prácticas se han estado desarrollando paralelamente, pero con menos interacción de la que muchos profesionales antiopresivos consideran apropiado. ¿Cuáles son las mejores formas de crear un diálogo vívido y una crítica constructiva entre ambas partes con el fin de enriquecerlas?

Diferencias con la práctica tradicional

A simple vista, a veces es difícil discernir, dentro del trabajo social, la buena práctica tradicional de la antiopresiva. Los profesionales más especializados de ambas corrientes utilizan enfoques respetuosos y consultivos con los usuarios de los servicios, y ambas incluyen una defensa y una crítica a la política en el repertorio de sus buenas prácticas. Sin embargo, el trabajo social tradicional utiliza un número de teorías que ven a los sistemas sociales y económicos como políticamente neutrales (Payne 2000) y que no logran reconocer serias desigualdades en nuestra sociedad o el modo en que estas injusticias están incorporadas en el modelo de rentabilidad del capitalismo patriarcal, racializado, homofóbico y colonial. Aunque muchos trabajadores sociales combinan la práctica tradicional, la antiopresiva y otras perspectivas en el día a día, el término “tradicional” es utilizado en este libro como un término general el cual se refiere a los enfoques que en



cierta medida alivian los sufrimientos o las dificultades de las personas, pero que despolitizan a los problemas sociales y no logran reconocer la dinámica mayor que determina a la práctica del trabajo social ni imaginar soluciones alternativas que se pueden poner en práctica con nuestros clientes y para ellos.

La práctica antiopresiva disiente del trabajo social tradicional en varios aspectos.

El trabajo social tradicional

A pesar de que con frecuencia afirma lo contrario, el trabajo social tradicional tiende a considerar a los problemas sociales de un modo despolitizado que resalta los puntos débiles, las patologías y las deficiencias de los individuos.

Las intervenciones están dirigidas en gran medida a los individuos sin la intención de analizar o desafiar al poder, las estructuras, las relaciones sociales, la cultura o las fuerzas económicas. Los enfoques tradicionales como lo son el ecologista, el psicoanalítico y el sistémico se centran en el profesionalismo, en el desarrollo profesional y en la autoridad de los especialistas, y a menudo no tienen en cuenta los problemas de los clientes, de las comunidades o las mayores causas de justicia social.

Generalmente, se considera que la protección infantil y la asistencia social hospitalaria son lugares donde se realiza la práctica tradicional. Sin embargo, la práctica tradicional no se trata de un lugar de trabajo o de una serie de lugares en los que se lleva a cabo el trabajo social, sino que se trata de la manera en la que se estudian las problemáticas sociales y sus posibles soluciones. Si comparamos la práctica antiopresiva con la tradicional, veremos grandes diferencias. A pesar de no estar completamente de acuerdo con ningún enfoque en particular, el trabajo social tradicional tiende a aceptar limitadas intervenciones existentes individualmente específicas como lo mejor que se puede hacer en el momento. Por otro lado, los trabajadores sociales orientados a la justicia social intentan tener en cuenta un panorama más amplio sobre las políticas, las prácticas y las relaciones sociales opresivas incluso mientras abordan las crisis emocionales inmediatas y el sufrimiento emocional. Por



ejemplo, los profesionales antiopresivos afirman que lo que conocemos como “depresión clínica” debería ser abordado junto con la pobreza, el sexismo, el racismo, la marginación social y otras fuerzas opresivas que deben soportar muchas personas que sufren de esta dolencia (ver el capítulo de Catrina Brown en este libro). Algunos medicamentos y terapias catárticas pueden llegar a proporcionar un alivio temporal, pero los verdaderos problemas y los conflictos sociales que experimentan muchos pacientes de depresión clínica deberían también analizarse y abordarse a través de acciones concretas como la toma de conciencia crítica, el apoyo, las terapias radicales, la movilización por el cambio político y económico y la reorganización de la sociedad y de las relaciones sociales.

En segundo lugar, mientras que los enfoques tradicionales usualmente aceptan el statu quo, la práctica antiopresiva intenta repolitizar ciertas cuestiones y considerar a los problemas que los clientes experimentan como consecuencia no solo de sus decisiones personales, sino también de las limitadas decisiones condicionadas socialmente y de las interacciones entre los factores sociales, políticos, culturales y económicos que los usuarios generalmente ignoran o sobre los cuales carecen de control. Por ejemplo, es muy común que en el área de la protección infantil y en el trabajo social pediátrico se catalogue como “disfuncional” a una familia sin tener en cuenta que dicha etiqueta no reconoce el esfuerzo que esta ha hecho para sobrevivir en diferentes situaciones complicadas ni la manera en la que la coexistencia de los sistemas por clase, género y a veces por cultura, raza y región ha atentado contra sus logros; de esta manera se la marginaliza y excluye, y se la deja con escasos recursos para seguir adelante. Catalogar a una familia como disfuncional implica asignar la responsabilidad absoluta a sus miembros y hacerlos exclusivamente responsables por los cambios en sus vidas. Esto también despolitiza a la situación al ocultar la compleja trama de desigualdades que han determinado sus oportunidades y desventajas. Si hay algo oculto, los trabajadores sociales no pueden discutirlo con sus colegas u otras personas, y menos intervenir. La despolitización es un conjunto de procesos que separa la política y la conciencia política de los problemas, para así poder controlarlos y controlar a aquellos que buscan el cambio. En nuestra sociedad, el acceso al poder, los recursos y la afirmación de la identidad se distribuyen de forma desigual en función de la clase, la raza, el género, las habilidades, etc. Esta mala distribución se legitima a través de prácticas sociales, culturales, políticas y económicas. Como podemos ver en el ejemplo anterior, muchas



veces, en el trabajo social, los problemas sociales resultantes de la mala distribución son generalmente despolitizados; son erróneamente vistos como los fracasos o las carencias de los individuos en vez de ser considerados lo que realmente son: consecuencias del intento fallido de resolver situaciones complejas generadas por la misma sociedad.

A través de la asignación de diagnósticos médicos, psiquiátricos o carátulas criminales, los problemas sociales también son individualizados y despolitizados. Si bien el trabajo social tradicional acepta las clasificaciones médicas y criminales y generalmente adopta el poder para diagnosticar y definir a otros sin cuestionar nada, las perspectivas orientadas a la justicia social reconocen el poder del lenguaje para generar identidades y oportunidades (Hick, Fook y Puzzuto 2005; Mullaly 2007). Los postulantes de esta última escuela se mantienen escépticos cuando se trata de dar un diagnóstico o una carátula e intentan utilizar estas definiciones de manera crítica y estratégica. Por ejemplo, muchas personas se vieron afectadas durante años ya que los diversos tipos de sexualidades se consideraban delitos o condiciones psiquiátricas. Este modo de catalogar, considerado hace tiempo como un criterio profesional generalmente incuestionable (Morrow y Messinger, 2006), y el papel que el trabajo social desempeñaba en la perpetuación de la opresión que dichas etiquetas generaban se consideran hoy en día como sumamente erróneos y destructivos.

El escepticismo y la crítica constructiva son prácticas reflexivas importantes a utilizar por los trabajadores sociales cuando se tratan los problemas sociales. Los trabajadores sociales orientados a la justicia social pueden elegir utilizar diagnósticos médicos o psiquiátricos para describir una serie de problemas de un individuo o de un grupo, siempre teniendo en cuenta la manera en la que las clasificaciones médicas y psiquiátricas condicionan, oprimen y marginan a las personas. Sin embargo, si la obtención de una vivienda, asistencia social, protección infantil o asesoramiento depende de un determinado diagnóstico, los trabajadores sociales antiopresivos pueden alentar el uso estratégico de este con el fin de que las personas puedan mejorar sus vidas y acceder a los recursos necesarios.

Otra de las maneras en que el trabajo social ha sido despolitizado y reformado como una profesión neutral fue alejando a la lucha de la práctica, y redefiniéndolo como una forma apolítica y técnica de trabajo profesional que adoptan personas cultas y bondadosas. En la actualidad, el trabajo social es un conjunto de fuertes y continuas luchas políticas para



determinar qué servicios y recursos se proporcionarán, quién se encargará de ellos, para quién, en qué cantidad y para qué fin. Con relación a esto, el trabajo social tradicional sostiene que el trabajo social está compuesto por varios conjuntos diferentes, desiguales e intensamente políticos de conocimientos que cuentan con una larga historia de conflictos basados en las luchas reales de nuestro día a día.

En los ámbitos laborales que están más próximos al poder y a la coerción estatal, como lo son el sistema correccional, las prestaciones sociales, los servicios de bienestar infantil y otras organizaciones con ánimo de lucro, la implementación de un modelo integral de la práctica antiopresiva parece casi imposible. De hecho, algunas veces el marco de la práctica es tan limitado, conservador y restringido que resulta muy difícil ir más allá de las etapas iniciales de la práctica antiopresiva. Sin embargo, incluso dentro de estos marcos, es posible promover ideas, realizar preguntas que incentiven el pensamiento crítico, reunir a compañeros de trabajo para compartir preocupaciones y experiencias y desempeñar el trabajo de una manera más holística y crítica que amplíe el espacio para el pensamiento y la práctica antiopresiva (ver, por ejemplo, el capítulo de Gary Dumbrill sobre el bienestar infantil, el capítulo de Michelle Bates sobre la práctica basada en la evidencia o el capítulo de Kristin Smith sobre la práctica de la salud mental).

Los capítulos de este libro destacan la diversidad y la riqueza de la actual práctica del trabajo social orientado a la justicia social, los tipos de posibilidades que pueden explotarse y los dilemas a los que se deben enfrentar los profesionales del trabajo social en la práctica; lo que nos lleva a concluir que es posible llevar adelante la práctica del trabajo social orientado a la justicia social, de algún modo, en cualquier organización.

Nombres y clasificaciones

El lenguaje es siempre una fuerza en las luchas políticas, y durante la lucha por la autodeterminación de las Naciones Originarias se ha utilizado al lenguaje y a las clasificaciones de maneras estratégicas para referirse a los “problemas” y a sus “soluciones”, para reclamar soberanía en las vidas de las personas de las Naciones Originarias y para formar la conciencia pública. Recientemente, Taiaike Alfred (2005) desarrolló un argumento relacionado a la “aboriginalización” o procesos que continúan y profundizan la colonización, la asimilación y la integración. Mientras que el argumento de



Alfred se centra en los procesos de dominación más que en la defensa de ciertas elecciones de palabras, sus explicaciones refirman el poder del lenguaje para hacer daño. En solidaridad con el proceso de lucha, los términos empleados en este libro se utilizan indistintamente e incluyen: Naciones Originarias, nativo, indígena, aborígen y otras palabras en lenguas indígenas.

En relación con una política similar de la cuestión lingüística, un intenso debate ha ocurrido en las revistas de trabajo social, particularmente en el Reino Unido, en lo que concierne a la terminología utilizada para referirse a las personas que hacen uso de los servicios que brinda el trabajo social (Carey 2009a; McLaughlin 2009; Scourfield 2007; Hefferman 2006). Aunque parecen ser “constructivos y altruistas” (Carey 2009: 179), estos términos no son neutrales, más bien catalogan a los individuos y son parte de procesos que constituyen identidades, posibilidades y diferencias de poder. La mayoría de los autores inmersos en este debate señalan que estos términos reflejan las relaciones cambiantes entre los usuarios de los servicios, los gobernantes y el mercado y hacen hincapié en lo individual más que en la responsabilidad social o gubernamental y en la gestión de los propios servicios (si está autorizado a hacerlo) y de las propias dificultades (si no lo está). Estos nuevos modelos autogestionados funcionan mejor cuando los usuarios son emprendedores (Scourfield 2005) y se aferran a las agendas de la Nueva Gestión Pública (Hefferman 2006: 139). Términos alternativos que no transmiten la idea de opresión no están fácilmente disponibles, por lo tanto, en los capítulos en este libro se emplean palabras como “cliente”, “miembro de la comunidad”, “mujeres” y “usuario de los servicios” sin que se les atribuya ningún discurso en especial ni un determinado conjunto de relaciones de poder. Mientras que algunos pueden afirmar que esta diversidad terminológica carece de rigor, esta también refleja la fuerza de los métodos heterodoxos y los enfoques ponderados y respetuosos de los autores para nombrar y categorizar a las personas. La diversidad de términos usada en este libro también resalta el vínculo entre los autores y los movimientos sociales, así como también la forma desorganizada, pero en constante cambio, en la que se desafía al lenguaje y en la que este muta dentro de estas luchas.



¿Funciona siempre?

La práctica antiopresiva no es una fórmula o una receta que siempre funciona. Como todo problema social, la práctica antiopresiva es un proceso desordenado y desigual que requiere todo el tiempo de reflexión crítica, debate, y perfeccionamiento. Los profesionales antiopresivos se encontrarán luchando en contextos que cambian constantemente, con problemas sociales que no son fáciles de abordar y para los cuales existe muy poco apoyo social y poca cantidad de recursos. Sin embargo, existen también muchos beneficios y logros posibles desde un enfoque antiopresivo, entre los cuales los principales son el aporte a la ayuda social y al bienestar social en lugar de la aceptación pesarosa pero pasiva de la injusticia y la opresión. Antes que tomar a la práctica antiopresiva como algo que da respuesta a todo, debemos imaginar que la justicia social es como un cristal a través del cual percibimos al mundo y cuestionamos quién se beneficia con ese problema o situación, quién se perjudica, quién puede llegar a estar de nuestro lado o quién puede llegar a acudir en ayuda durante una lucha o una solución en particular. Los trabajadores sociales antiopresivos también necesitan mantenerse abiertos a nuevas ideas y continuar mejorando sus habilidades en lo que respecta a la práctica básica de primera línea a medida que las situaciones cambian y los nuevos retos surgen. Construir y sostener relaciones basadas en el respeto y en el apoyo con los usuarios de los servicios, sus aliados y otros que estén activos en cuestiones relacionadas con la justicia social es la clave para garantizar una práctica antiopresiva de buena calidad, como también es de igual importancia la capacidad de preguntarse continuamente y de aprender cada día un poco más sobre este mundo social que deseamos emancipar.

Un quehacer radical

Ser radical significa ser racional y directo en la búsqueda de la paz social, significa dirigirse a las raíces de un problema y no solo a sus síntomas...en la lucha contra la injusticia no se puede ser moderado. Y por eso (necesitamos) un quehacer radical, en el sentido más profundo, humanista y comprometido de la palabra. (Alejandro Bendaña 1995: 5)

El trabajo social funciona donde las estructuras sociales y el dolor humano se conectan. Si realmente vamos a asistir a las personas con los tipos de problemas a los que se enfrentan en el mundo neoliberal y globalizado en el que vivimos hoy en día, el radicalismo es una



necesidad. No basta con ser muy especializados y profesionales ni con atender eficientemente a los problemas más inmediatos, por más imperioso que esto suene. Debemos apasionarnos por la necesidad de justicia social y trabajar continuamente para organizar numerosas intervenciones que demuestren preocupación; desarrollar incansablemente terapias nuevas, radicales y liberadoras; recurrir a bases de conocimiento alternativas que desplacen a la opresión; y al mismo tiempo dedicarnos a la defensa, la rebelión y la organización con el fin de desafiar a las fuerzas que generan y se benefician del sufrimiento y la opresión que tratamos diariamente en la práctica del trabajo social. Como menciona Bendaña más arriba, no podemos permitirnos ser moderados, necesitamos dirigirnos a las raíces del problema y ser activos y directos en la búsqueda de la paz social.

Es también importante recordar que los trabajadores sociales que quieren construir un mejor mundo no están solos. Como señala Ben Carniol (2010: 141): “En el movimiento por la justicia social, los trabajadores sociales cuentan con aliados en todas partes, tanto a nivel local como mundial”, como clientes, activistas contra la pobreza, sindicatos, movimientos feministas, grupos antirracistas, organizaciones indígenas y activistas globalifóbicos. Carniol también menciona que los trabajadores sociales tienen aliados profesionales en otras actividades que enfrentan condiciones similares, como lo son las enfermeras, los maestros, los encargados del cuidado infantil y los académicos, como así también los analistas políticos, los trabajadores que se dedican al desarrollo de la comunidad, los funcionarios públicos y todos aquellos que trabajan en centros de estudios e institutos de investigación progresistas (consultar también Baines 2007d: 195). La lucha por la justicia social ha sido siempre mundial, pero ahora más que nunca necesitamos de estrategias globales e interconexiones. A menudo, el mundo desarrollado piensa que ha proporcionado y que proporcionará todas las soluciones para los problemas de la actualidad, no obstante, podemos ganar mucho al mirar los experimentos indígenas y del “tercer mundo” en la democracia participativa, el presupuesto participativo, la elaboración de políticas y las nuevas formas de apoyo social colectivo. Algunas de nuestras mayores esperanzas para la justicia social residen en hallar una base común e internacionalizar nuestras luchas, lo que significa encontrar modos de apoyar y trabajar en solidaridad con las luchas por la autodeterminación, la paz, y el desarrollo sostenible que tiene lugar alrededor del mundo.



Al final de nuestras carreras profesionales, aseguro que pocos recordaremos cuántos formularios de evaluación hemos completado o cuántas veces logramos entregar nuestras estadísticas a tiempo. Pero estoy completamente segura de que recordaremos las veces que abogamos por los clientes y junto con ellos encontramos las formas de mejorar las cosas, los momentos en que ayudamos a organizar campañas para resistir a los recortes, los procesos participativos que ayudamos a formular para las evaluaciones de programas y las veces que marchamos, defendimos, pedimos, cantamos, reímos, lloramos y soñamos con un futuro mejor de la mano de nuestros clientes, compañeros de trabajo y colegas activistas. Como trabajadores sociales orientados a la justicia social, podemos humanizarnos, humanizar nuestras prácticas de trabajo y nuestras comunidades, liberar y politizar nuestros ámbitos laborales y transformar y dignificar nuestra existencia a través de la búsqueda creativa, colectiva y en desarrollo de la paz, la igualdad y la justicia social.